



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 14.—Madrid 15 de Mayo de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*La curiosidad de una mujer*, por Blas.—*Casimiro Barello y Monti*.—*Los grabados*.—*Las construcciones inglesas*, por L. Aladrén.—*Enciclica de Su Santidad el Papa León XIII sobre la masonería*.—*Conocimientos útiles*.

GRABADOS.—*Casimiro Barello y Monti*.—*Restos del monasterio de Santas Creus*.—*El Madhi, jefe de los insurrectos de Sudán*.—*Sala central del Museo del Prado en Madrid*.

REVISTA

DESDE que ocurrió la catástrofe del puente de Alcudia se viene discutiendo en la Prensa si el hecho fué casual ó intencionado, y los que combaten esta última opinión, á nuestro entender la más probable, se fundan principalmente en la imposibilidad de que existan en España hombres tan perversos como deberían serlo los autores de semejante crimen. No es posible, dicen, que haya entre nosotros fieras tan crueles, corazonas tan perversos, hombres tan desalmados que se arrojen á cometer una maldad tan grande sin otro fin ni otro provecho que el cubrir de luto á cincuenta ó cien familias inocentes, arrebatándoles seres queridos entre los horrores de un descarrilamiento.

Parece mentira, es verdad; cuesta trabajo el creerlo, no lo negamos; pero hay, sin embargo, otras monstruosidades, otros desórdenes, mayores, á nuestro juicio, que es imposible negar, porque están á la vista, porque se repiten cada día, y ante los cuales poca gente se asusta ni se aterra, considerándolos como cosa natural, tolerable y aun lícita, muy ajustada á los adelantos y costumbres de nuestra época.

Que un hombre pobre, hostigado por la miseria, á quien se ha quitado toda idea religiosa, y con ella todo consuelo y toda esperanza, á quien se han inspirado los odios y los rencores del socialismo moderno; hombre rebajado en su dignidad, envilecido en sus sentimientos, corrompido en sus costumbres, sin fe, sin esperanza y sin amor, verdadera fiera con alma de demonio, se deje arrastrar por dinero, ó por odio ó por compromisos de secta hasta los más hondos abismos del crimen, y lleve á cabo maldades increíbles á los hombres de bien, atentados espantosos contra Dios y contra la sociedad, es cosa que se explica perfectamente, y que no sólo se explica sino que tiene su fundamento lógico; como que es un encadenamiento de causas que vienen á tener su término natural, su conclusión propia, su desenlace previsto en las más espantosas catástrofes.

Pero vengamos á los horrores inexplicables, á los desórdenes que no tienen nombre en ninguna lengua cristiana. Una de las actrices más *naturalistas* del teatro francés, el más descocado del mundo; una cómica que ha llegado á dominar como ninguna otra el género obscuro del teatro parisiense, con un cuadro de compañía muy digno de ella, es decir, con una compañía de istriones sin chispa de

pudor ni de conciencia, trasladan su tienda de París á Madrid y la abren en uno de los principales teatros de la Corte. Aquí ponen sobre el mostrador sus drogas más ponzoñosas y más sucias; cuadros de lupanar pintados á lo vivo, altos relieves de las costumbres más corrompidas, trajes y desnudeces, vocabularios y mímicas de la vida airada, y la tienda se llena de buena sociedad, de caballeros y de damas muy distinguidos, que se disputan el honor de aplaudir á los comediantes franceses, vergüenza de su patria.

Nuestra pluma no puede bajar á referir aquí lo que hemos oído y leído respecto de tales representaciones; pero diremos lo bastante por que se pueda calcular toda la gravedad del escándalo.

Entre las comedias representadas hasta ahora aparecen las siguientes, cuyos títulos traducimos fielmente del francés: *Divorciémonos*, *El Curita*, *Esperando al caballero*, *La alcoba nupcial*. Añadamos ahora que si el argumento de las comedias corresponde á sus títulos, la manera de representarlas excede á toda ponderación; como que en esto estriba el mérito, en hacer tan á lo vivo los papeles escénicos que la ficción se confunda con la realidad.

En los teatros antiguos, cuando un galán tenía que besar la mano á una dama, bastaba que acercase los

labios con respeto; pero ni el público ni el arte escénico exigían más para el cumplimiento de la acción dramática. El moderno teatro francés ha ido más allá, y las cosas deben pasar como se dicen, siendo de notar que estas cosas son casi siempre del género más subido de obscenidad y de escándalo. Amores criminales, donde caben todas las variedades posibles, escenas de apasionadas luchas y de vehementes transportes de sensualidad, cuadros de la vida íntima de los libertinos y mujeres de mundo, diálogos y frases y palabras de un lenguaje anfibológico y desvergonzado del *caló* parisiense, más refinado y sucio que el de nuestras chulas y toreros; hé aquí lo que son las representaciones de la comedia francesa, que está haciendo las delicias de la buena sociedad madrileña.

A estas representaciones, mal miradas en París, como que allí mismo se califican de excesivamente *naturalistas*, acuden damas de nuestra alta sociedad, de las que blasonan de católicas, frecuentan las Cuarenta Horas y hasta se permiten el lujo espiritual de comenzar unos Ejercicios espirituales que no terminan, por culpa del predicador, que exagerando la viveza de sus cuadros, da lugar á que le hagan enmudecer.

Esas damas saben moralizar como doctoras, lamentan la corrupción de los tiempos presentes, se aterrorizan ante los peligros de la educación de sus hijos, se santiguan al subir al coche que las lleva al teatro y dan con devoción su nombre á las asociaciones religiosas que lo invocan. Pero, esto no obstante, acuden á todo espectáculo que hace ruido; censurando el género, por supuesto, asisten á las representaciones de la compañía francesa, y aun llevan á sus hijas, porque es bueno que sepan lo malo que es el mundo; gastan un dineral en joyas, en bailes, en teatros, y porque es de buen tono no se escandalizan de nada. Tales damas se confiesan, oyen Misa, hasta regalan sus vestidos ajados de los bailes, que ya no sirven para la sociedad, á las iglesias pobres, y tienen, si es preciso, hasta una biblioteca de elegantes Devocionarios.

¿Qué es más monstruoso: este género de desórdenes, ó los brutales y ciegos del socialismo? ¿Qué debe escandalizarnos más: los vicios de la sociedad pagana, sin religión y sin moral, ó los de la sociedad cristiana, redimida y santificada con la sangre de Cristo?

Horribles, espantosos son, no puede negarse, los crímenes del socialismo, que descarrila trenes, vuela edificios y conspira contra todas las instituciones sociales, inspirado en un odio satánico; pero más horrible aún, más espantosos son los desórdenes de esta clase de gentes que se ríe de la religión, de la moral, de la decencia pública, vistiéndose con sus preceas para arrastrarlas por el fango de la corrupción de este siglo.

El diablo en su propia figura, y obrando con franca maldad y brutal osadía, á todos repugna y es fácil huir de sus garras; pero el diablo vestido de moda y contemporizando con todos los gustos puede hacerse tan simpático que gane la voluntad de todos y llegue á hacerse proclamar rey de los corazones.

Si se nos pregunta dónde está el mayor mal de estos tiempos, diremos: en la



CASIMIRO BARELLO Y MONTI,

† en Alcoy el 9 de Marzo último.

cabeza del cuerpo social, en las clases más altas, que han perdido el juicio y van á perdersen á todos. Más nos aterra el éxito de la comedia francesa en Madrid, que la catástrofe del puente de Alcudia.

La plaza en que se custodian los grandes intereses de la sociedad está sitiada por huestes implacables, es cierto; pero ¿no es para hacernos temblar más la cobardía, corrupción, indisciplina y vileza de los defensores?

Por si hemos recargado las tintas del cuadro anterior, por si puede parecer fuerte el rigor de nuestras censuras contra la alta sociedad madrileña, vamos á añadir en párrafo aparte algunas aclaraciones.

En primer lugar, nosotros no atacamos á toda la clase, porque sabemos muy bien que hay en ella quien la representa dignamente, cumpliendo como Dios manda los deberes que les impone su nombre y su fortuna; pero esta parte sana de la alta sociedad no es la que bulle, la que domina, la que está en candelero; es la que vive retraída en su hogar, gastando gran parte de sus rentas en obras de piedad y de caridad bien entendidas.

Porque adviértase bien, y con esta advertencia respondemos á una objeción: esas iglesias nuevas, esos hospitales y Asilos que se levantan en Madrid, no son obra de toda la clase, ni mucho menos; son obra de los que menos bullen, de los que menos sueñan, de los que, cumpliendo como se debe el precepto evangélico, dan la limosna y esconden la mano.

Las damas que están en todas las fiestas, que acuden á todos los espectáculos, por la tarde á las carreras de caballos y por la noche al teatro de la Zarzuela, esas podrán figurar en la lista de los bienhechores, porque los compromisos ó la misma maleabilidad de carácter les lleva á ellas; pero dar como esas obras necesitan, dar á manos llenas, ¡qué disparate! ¡Si no les alcanzan sus rentas á los gastos de su casa!

Hacemos, pues, excepción, y excepción honrosísima, de esa parte de la alta sociedad que gasta en obras buenas y vive como Dios manda, para descargar todo el peso de nuestra indignación contra la alta sociedad que, sin merecerlo, se ha adjudicado el título de buena, la cual está contribuyendo con su ruína á la de la sociedad española, eminentemente cristiana. Y al censurarla con tanta energía, que aún nos parece poca, lo hacemos en interés suyo, pues la represión y hasta el castigo, siendo justos, emanan de la caridad, que no quiere que el pecador muera, sino que se arrepienta y viva. La alta sociedad madrileña de que hablamos se ha entregado por completo al mundo, y sabido es que Cristo, que murió por todos los hombres, no quiso ni aun rogar por ese mundo, considerándolo incapaz de arrepentimiento é indigno de perdón.

Por esto nos aterra tanto, y lo ponemos en el peor lugar imaginable, ese extravío de la buena sociedad, que no hemos dudado en calificar de peor cien veces que el de las clases pobres, arrebatadas por la Revolución á los delirios del socialismo y de la demagogia.

Fiat justitia et ruat coelum. O más claro.

Triunfe la justicia y caiga el que caiga.

La elección de senadores se ha verificado con el mayor orden. El triunfo ha sido del Gobierno.

Hé aquí una noticia que se habrá repetido tantas veces cuantas elecciones se han verificado en España, y, sin embargo, siempre se repite con la misma seriedad. La formalidad de nuestros hombres políticos, su consecuencia, su entereza de carácter obligan á creer que ni se engañan ni quieren engañarnos.

Hay, pues, que creer que las elecciones se han verificado con el mayor orden y que el triunfo del Gobierno es la expresión de la voluntad del país.

Este dogma del régimen representativo admite, como es natural, discusión; pero nosotros, que no podemos discutir, sin que la frase admita ambigüedad, la declaramos indiscutible.

Podrá el Estado moderno negar los dogmas de la Iglesia; podrá negar las verdades más evidentes, pero en cambio entrega á la creencia de los pueblos dogmas tan irrecusables y tan demostrados como el que exponemos, cerrando la puerta á toda discusión razonable.

Sobre dogmas tan fundamentales se levanta el edificio de nuestras instituciones políticas; y si es cierto que la moral de todas las religiones se deriva de sus dogmas, vean ustedes cuál será la moral, ó lo que es igual, la administración del Estado moderno, derivada de dogmas tan sublimes y de evidencia tan incontrastable.

La libertad, el orden, el progreso y los demás dogmas del credo político completan el vasto organismo de nuestras instituciones fundamentales, or-

ganismo de muchos registros y teclados, como es necesario para que responda á todos los aires nacionales. De donde se saca esta conclusión, también dogmática: el país baila al son que le tocan.

Todo esto es perfectamente armónico: el rigor de la clave no admite las salidas de tono.

Hagamos aquí un calderón para esperar la apertura de las Cortes.

Podemos adelantar algún juicio sobre la Exposición nacional de Bellas Artes, próxima á abrirse en el Campo grande del Retiro.

Las obras de arte están en la siguiente proporción: nueve obras de arquitectura, 49 de escultura y 342 de pintura. En las primeras hay escasa novedad; en las de escultura tampoco se destacan obras de primer orden; y en las últimas, barajados con muchos lienzos pintados, se admiran hasta una docena de cuadros buenos, aunque de discutible belleza artística. El género realista, llevado hasta los últimos límites del horror, campea en algunos que han de ser objeto de muy diversos juicios; y por lo que hace al género religioso, se muestra en una decadencia completa: sólo hay un cuadro que merece fijar la atención por lo nuevo y atrevido de la composición, pero al cual falta la unción religiosa, elemento capital de un cuadro en que se representa el misterio más grande de la adorable vida de Cristo.

Rápida, muy rápida ha sido nuestra ojeada á la Exposición; pero hemos visto lo bastante para lamentarnos en ésta, como en otras anteriores, de lo ineficaces que son los trabajos, de todo punto improbos, de los pintores contemporáneos para ejecutar grandes obras, de soberana belleza, donde resplandezca un gran pensamiento, inspirado en los ideales de la religión y de la patria. Se trabaja mucho, se dibuja bien, se maneja perfectamente el colorido; pero en cambio, lo que vale más, el alma, el pensamiento, el ideal del arte, falta casi por completo en las obras de nuestros pintores.

El pensamiento de los artistas del día no sale de un reducido círculo de asuntos trillados: de agonías de personajes más ó menos ilustres, de exposición de cadáveres y de mujeres desnudas, de cuchilladas y crímenes célebres, y, sobre todo, de cuadritos de género, las más de las veces insustanciales, desanimados y cursis. ¿No es una lástima ver malogrados en estos vulgares asuntos talentos brillantes, estudios incansables, dotes sobresalientes de dibujo y colorido, artistas, en una palabra, á los que ahoga y asfixia el vapor pestilente del espíritu moderno?

En honor de la verdad y de la justicia, es preciso confesar que tanto ayudaba á nuestros antiguos maestros la época en que florecieron, como perjudica á los modernos pintores el siglo en que les ha tocado nacer.

Al lado de Calderón y de Cervantes podían fácilmente brillar Velázquez y Murillo; ¿qué arte se ha de cultivar al lado de *La Mascota*, de Madme. Chaumont y de Miss Leona?

Compadezcamos á los artistas de este siglo que, como Saturno, devora á sus hijos.

¿Y qué es esta época más que una miserable saturnalia?

Algunos datos nuevos sobre nuestro progreso teatral.

Actualmente se llevan las atenciones del público madrileño que frecuenta los teatros la compañía italiana, de Rossi, y la francesa, de Celina Chaumont. Ambas compañías extranjeras trabajan en dos de los principales teatros de la Corte. El Español está cerrado, y debería estarlo todo el año en señal de perpetuo duelo.

Pero ya escampa y llovan chuzos. Tan pronto como termine sus compromisos la compañía francesa, le sucederá en el teatro de Jovellanos otra también extranjera, la de Mr. Avelino. A la pimienta sucederá la mostaza. Según se anuncia, esta compañía representa únicamente cuadros plásticos y graciosas pantomimas.

Para que puedan ustedes rastrear el carácter del espectáculo, copiamos de un periódico lo que sigue: «Sus cuadros, dice, llaman la atención por la fiel imitación de los mejores escultores griegos y romanos, y sus graciosas pantomimas completan el espectáculo en unión de los *bailables*.»

Es decir, una galería de desnudeces olímpicas y de bailes báquicos: todo mitológico.

Después de la compañía de Mr. Avelino, ¿que nos queda por aplaudir? Las hecatombes del Circo y los misterios de Adonis.

¡Qué honor, qué gloria para la capital de la católica España! Da ganas de romper la pluma y arrojar el tintero, porque no hay forma de expresar la

indignación y la vergüenza que provocan tales progresos.

Cerremos, sin embargo, esta revista con los siguientes tercetos del inolvidable Selgas:

Huye el valor, la indignación no arde,
No halla el miedo servil quien lo convenza,
Y hace la infamia triunfador alarde:
Justo es ¡oh Dios! que la ignominia venza,
Porque ya en esta sociedad cobarde
Hemos perdido todos la vergüenza.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



La Santa Sede ha dirigido una segunda nota á los Nuncios apostólicos relativa á la cuestión de los bienes de la Propaganda.

En esta nota la Santa Sede declara resueltamente que es completamente imposible llegar á una inteligencia con el Gobierno italiano bajo la base de las leyes existentes.

La nota pone término á las tentativas del Gobierno italiano y de otras potencias para llegar á una especie de compromiso completamente inaceptable.

Y á todo esto el plazo para la conversión sigue corriendo, con todas las probabilidades de llegar al término de la catástrofe.

En vista de este peligro inminente y de otro no lejano, que es la vuelta de los radicales al poder, la Prensa europea sigue discutiendo la cuestión gravísima de la salida del Papa de Roma. El artículo del *Grosbaten* de Berlín, que recibe sus inspiraciones de Bismarck, ha causado sensación en Italia.

El artículo lleva este epígrafe: *Observaciones sobre la cuestión romana*, y dice, por una parte, que la salida del Papa de Roma traería las mayores dificultades, pero que, por otra parte, la residencia del Papa y de Humberto tiene también grandes inconvenientes y peligros.

«La gran falta — añade — de los revolucionarios italianos fué la de llevar á Roma la capital, porque Roma siempre será la capital del Papa, que es el primero entre los Soberanos del mundo.» «El Papa, dice el artículo al concluir, tiene que residir y reinar solo en Roma.»

Por su parte, la *Gaceta de Hungría*, órgano oficial del Gobierno de Pesth, reconoce expresamente que «la situación del Papa en Roma es de las más intolerables». Añade en seguida que los Gobiernos de Europa deben trabajar cuanto puedan por sacar al Papa de tan intolerable situación.

Pero las cosas no llevan trazas de mejorar. El Gobierno italiano, que ha sometido las limosnas de la piedad católica á la Virgen de Loreto á una administración escogida por él y presidida por un senador, acaba de consentir la iniquidad sacrílega y horrible de que la citada Comisión envíe 400 francos á la suscripción abierta en Ancona para levantar un monumento á Garibaldi. Y si hacen esto los conservadores de Depretis, ¿qué harán el día menos pensado los radicales de Cairoli?

La cuestión romana va á volver á embargar por completo la atención de Europa.

La discusión acerca de la ley contra los socialistas llevaba mal camino para el Gobierno alemán, y el príncipe de Bismarck, que maldito el respeto que tiene á la representación nacional, ha pronunciado un discurso en la sesión del día 9 que se reduce al siguiente dilema: ó me aprobáis la ley, ó vais á llevar un puntapié.

Así las gasta este caballero, por lo que es de creer que el Parlamento, inspirándose en el instinto de propia conservación, aprobará la ley para evitarse el pasar por el amargo trance de ser disuelto.

Según recientes cálculos, en Berlín, ciudad de 1.125.000 almas, hay un vendedor de bebidas alcohólicas por cada 280 habitantes.

La alcoholización de la capital corre parejas con la desmoralización de las masas. Proporcionalmente al número de habitantes, Berlín es la capital donde acaecen más suicidios; la criminalidad sobrepasa á la de París y aun á la de Londres.

¿De qué sirven las leyes contra los socialistas, si por otra parte cunde la desmoralización y se cohiben las saludables expansiones de la Iglesia católica?

La cuestión de relaciones con Roma está en suspenso hasta que se resuelva el conflicto parlamentario, que es en estos momentos el caballo de batalla.

Las corrientes de la Corte siguen siendo favorables al arreglo; ¿y cómo no, si en el palacio imperial viven actualmente tres religiosas al cuidado de la emperatriz Augusta? Pero la voluntad de los Emperadores no es la que decide; los Reyes reinan pero no gobiernan.

Ahí está la brecha de los tronos, abierta siempre á los asaltos de la Revolución.

Ya han regresado a Viena los príncipes imperiales austriacos de su viaje a Oriente. Objeto de muchos comentarios y muy diferentes, el viaje será siempre, desde el punto de vista político, un incidente de grandísima importancia, pues por sí sólo prueba que las relaciones de Austria con Turquía, Bulgaria y Servia continúan siendo muy amistosas, y sensiblemente mejoradas las de Austria con Rumania.

Claro está que el viaje no ha sido del agrado de Rusia ni de Alemania.

En Hungría ha sido recibida con entusiasmo la última Encíclica de Su Santidad, y se dice que en Buda-Pesth va a organizarse por los jóvenes de la Universidad y del Instituto una asociación antimasónica, cuyos miembros ingresarán en ella previo juramento de no pertenecer nunca, cualesquiera que sean las vicisitudes de su vida, a las sociedades secretas.

Ojalá que el ejemplo cunda para que la admirable Encíclica de Su Santidad dé los frutos apetecidos.

Los sucesos de Egipto no mejoran para Inglaterra. El general Gordon sigue en su ratonera, y toda la fuerza de su orgullosa patria no basta a romper los alambres que le tienen encerrado; verdad es que esos alambres son gordos y no se podrán quebrar sin hacerse sangre.

Un miembro de las misiones católicas de Austria en el Sudán escribe a la *Politische Correspondenz* que la insurrección se extiende con rapidez en el norte del Alto Egipto.

Los progresos del Mahdí son tan rápidos que sus secuaces de Asia se atreven a amenazar a las autoridades y al pueblo con una matanza general. Por esto el misionero católico, que se había refugiado en Shellal, cerca de Asia, ha huído al Cairo. Aún no se sabe lo que ha ocurrido a los trece misioneros de Kordofán.

Se dice, sin embargo, que en el campo del Mahdí existen disensiones producidas por la falta de víveres y por las ambiciones opuestas de los diversos jefes.

Por lo que hace a la conferencia diplomática para arreglar la cuestión de Hacienda de Egipto, aún no hay nada claro ni cierto. El Gobierno inglés ha declarado en las Cámaras que las negociaciones no han tenido hasta ahora más que un carácter verbal. Un telegrama de Londres añade que las negociaciones sobre la conferencia tropiezan con serias dificultades a causa de las diferencias de miras de las potencias, y particularmente de Francia, sobre dicho asunto.

¡Trabajo le ha de costar a Inglaterra hacer asiento sobre la punta de las pirámides!

El Episcopado inglés, según anunciamos en la crónica anterior, se ha reunido en Londres bajo la presidencia del cardenal Manning. Después de deliberar acerca de la cuestión de enseñanza primaria, ha decidido fundar una asociación en Inglaterra y Escocia que se ocupe de la enseñanza católica.

Los católicos esperan grandes beneficios de este acuerdo episcopal, pues sabido es que la unión es la fuerza.

El Gobierno francés, sin duda por aquello de que cuando las barbas de tu vecino veas pelar... parece resuelto a concluir la pseudo-guerra de Tonkín.

Ya es hora, después de haber gastado una millonada inútilmente y, lo que es peor, de haber empeorado la situación de los católicos en el Celeste Imperio.

Las *Missiones Catholiques* publican una carta de Mons. Puginier, obispo del Tonkín occidental, a los directores de la Obra de la Propagación de la Fe. La persecución contra los cristianos, porque eran amigos de Francia, se ha llevado con gran rigor. El Obispo afirma que en el mes de Octubre el gobernador de Yunnan dió a los Pabellones Negros la orden por escrito de ponerse de acuerdo con los mandarines annamitas para acabar con los cristianos y privar de este modo de apoyo a los soldados franceses.

Creará el Gobierno republicano dejar arreglado este asunto con nombrar al obispo de Tonkín caballero de la Legión de Honor, según vemos en *El Diario oficial*. Estos republicanos son muy frescos.

Si China se conforma con pagar una indemnización de guerra y reconoce los derechos de Francia sobre el río Colorado, ésta hará otras concesiones para llegar al arreglo definitivo. Nadie entiende este lío; ¿y cómo entenderlo, si la cuestión al fin es un negocio casero?

Las elecciones municipales celebradas en Francia, han sido por lo general favorables a los intransigentes. En París han triunfado los amigos de la *Commune*. La ola sube y avanza; si Dios no lo remedia, hemos de ver pronto la anarquía entronizada en la nación

vecina, y disparando sus rayos contra las demás naciones de Europa.

En el Parlamento holandés se está discutiendo la cuestión de enseñanza. Los liberales piden a todo trance lo que ellos llaman la neutralidad. Según sus juicios, expuestos en la defensa de este proyecto de ley, no se prohíbe en ella el *enseñar*, sea lo que fuere, sino el *inculcar*, sea lo que fuere también; distinción ridícula que se presta a todo género de abusos, pues ¿quién será capaz de marcar la diferencia entre *enseñar* e *inculcar*?

El Gobierno se opone a este proyecto, que es de esperar sea realizado, a pesar de que hoy lo que más prevalece en todas partes es lo disparatado y absurdo.

En la ciudad católica de Maestricht, capital de la provincia de Limburgo, se preparan grandes fiestas en honor de San Gervasio, cuyos gloriosos restos posee aquella ciudad en un templo construido por los sucesores del Santo Obispo, Santos Monulfo y Gondulfo, en el siglo VI de nuestra era, hacia los años de 560 a 600.

San Gervasio, que durante la invasión de los hunos trasladó a Maestricht la sede episcopal de Tongres, murió, según unos en 384, y según otros cuatro años más tarde. Celébrase, pues, en Maestricht el 15.º centenario de su muerte.

A estas fiestas asistirán muchos Prelados. El 15 de Mayo celebrará la misa pontifical sobre el sepulcro del Santo el obispo de Lieja, a quien seguirá todo su clero y millares de fieles, y el día 18 saldrá la procesión, en la que figurarán el obispo de Rurimonda, casi nonagenario, el Nuncio de Su Santidad en La Haya y otros varios Obispos, entre ellos el auxiliar de Malinas.

En los Países Bajos, aunque tantos estragos ha hecho la herejía, alienta aún el espíritu católico que supieron arraigar nuestros católicos reyes a costa de inmensos sacrificios, y de la sangre y fortuna de sus reinos.

Leemos en una correspondencia de Smirna:

«Los griegos profesan tal devoción a la Santísima Virgen, que me será imposible describirla.

«Hace algunos años se descubrió en Tynos (islas Cíclades) un antiquísimo cuadro de la Anunciación; y en seguida, en el lugar donde fué descubierto, se edificó una bella y espaciosa iglesia, a la cual todos los años se dirigen grandes y fervorosas peregrinaciones que parten de todas las regiones de Turquía y Grecia el día de la fiesta de la Anunciación.

«Este año, doce grandes vapores han transportado a Tynos más de catorce mil personas sólo de Smirna y de sus contornos, pasando de cuarenta mil el número de peregrinos que se reunió en la isla... ¡Que la Santísima Virgen manifieste su gran poder obteniendo para los obcecados griegos, que con tanto fervor la invocan, la gracia de que conozcan la verdad y entren en el seno de la única verdadera Iglesia católica apostólica romana!»

No son todo desgracias en Suiza, donde la masonería tiene mucha fuerza. Ofrecense allí los más raros contrastes. Al lado de cantones en que prevalece la impiedad, hay otros que son un modelo de repúblicas.

El cantón de Friburgo, por ejemplo, sigue ofreciendo el consolador espectáculo de un Estado católico, donde clero y pueblo, Obispo y Gobierno, Prensa y asociaciones se unen en común esfuerzo para la restauración cristiana. Últimamente, una asamblea católica reunida en Bulla ha escuchado del presidente del Gobierno un lenguaje que recuerda el de García Moreno. No ha vacilado en declarar que la autoridad civil recibe toda su fuerza de la fidelidad del pueblo cristiano, y no halla otro fundamento más sólido que los principios católicos, de los cuales el Pontífice es infalible custodio, y ha delineado el programa del partido católico, que no admite transacciones con la doctrina revolucionaria. El cardenal Mermillod ha dirigido a dicha asamblea un telegrama lleno de afecto.

Aún hay justos en Babilonia.

También en los Estados Unidos se piensa en formar una gran asociación antimasónica. En el próximo Junio se celebrará con esto objeto una asamblea en Chicago. Pero lo singular es que a la cabeza de este movimiento antimasónico van los protestantes. ¿Qué mayor homenaje a las verdades proclamadas por Su Santidad en la admirable Encíclica *Humani generis*?

M. RIERA.

LA CURIOSIDAD DE UNA MUJER



Napoleón el Grande se atribuye aquel dicho de que «la curiosidad, más que la malicia, ha perdido a muchas mujeres». «La curiosidad tiene nombre de mujer», ha escrito también un novelista.

«La curiosidad, ha dicho otro, que en el hombre es un mero defecto de organización, es en la mujer todo un temperamento moral.»

«La curiosidad masculina es un capricho pueril; la curiosidad femenina es una pasión avasalladora», he leído no sé dónde.

«La curiosidad es expansión juguetona de los ángeles, como la apática indiferencia es atributo del sombrío pesimista», he oído no sé cuándo....

Pero ahora caigo en la cuenta de que, si me doy a averiguar lo que respecto de la curiosidad mujeril se ha dicho y escrito en todos tiempos, incurriré a mi vez en la nota de *curioso*, y aún de «curioso impertinente», que es una de las impertinencias menos curiosas.

Baste saber que se ha dicho, escrito y murmurado mucho de la curiosidad femenil, y, por lo tanto, necia presunción sería por mi parte querer decir algo nuevo sobre esta materia.

«En tal caso—me objetarán ustedes—¿por qué elegir un tema tan manoseado, y sobre el cual ya sabemos que no puede usted decirnos de su cosecha cosa que valga la pena?»

Esta pregunta es ya un *conato de curiosidad* por parte de ustedes; pero no importa: me quedo con la pregunta y no quiero que se queden ustedes con la curiosidad.

Escribo, o me propongo escribir hoy sobre este asunto, no por impulso espontáneo, sino por inspiración ajena.

«¿Y a nosotros qué nos importa eso?» volverán ustedes a decirme.

Nada absolutamente, ya lo sé; pero a mí me importa mucho dejar consignado que la tarea que hoy me impongo es efectivamente una *imposición*.

Y tornarán ustedes a interpelarme: «Pero, ¿quién le pregunta a usted los años que tiene?»

¡Alto ahí! que ésa es precisamente la madre del cordero; ahí *fica o puncto*, como dicen nuestros vecinos los portugueses.

Porque ha habido una persona que quiere *saber los años que tengo*, y ha expresado ese deseo en una discretísima carta dirigida al Administrador de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y enviada a mi domicilio por mi buen amigo el propietario de esta publicación; por eso me veo hoy en calzas prietas, como suele decirse, y obligado otra vez a sacar a plaza mi personalidad, cual si se tratase de exhibir al público un perro con dos rabos, o un solo rabo para dos perros, o cualquier otro producto teratológico de la naturaleza.

Hay más todavía: hay que esa persona, cuyo sexo no he revelado por más que ya se lo han supuesto ustedes, lleva, a mi juicio, el libro de su curiosidad por partida doble, porque apunta la duda de que sea Blas tan viejo como de sus escritos se deduce, y consigna al mismo tiempo la declaración implícita de que los escritos de Blas son los escritos de un viejo.

La situación en que me coloca esa persona curiosa con sus dudas y preguntas, no puede ser más falsa y violenta.

Por una parte, mi vanidad se esponja al considerar que hay una persona (una al menos) en España que no quiere creer que Blas sea viejo aunque él lo diga. Convengamos en que esto no puede menos de halagar el amor propio de un viejo, y en que se necesita mucha abnegación para no exclamar con entusiasmo: ¡Qué boca de ángel!

Por otra parte, no puedo en conciencia aceptar esa duda tan lisonjera para mi vanidad; no puedo tampoco, sin dar al traste con los más vulgares principios de galantería, dejar de contestar a la pregunta.

Estoy, pues, cogido entre las tenazas de este dilema como el ratón entre las pinzas de una ratonera:

«O soy viejo, o no lo soy.»

Si soy viejo realmente, y una persona discreta lo pone en duda fundándose en no sé qué puntos, comas y acentos más o menos juveniles de mis escritos, claro está que he venido cometiendo una especie de falsificación literaria al poner en circulación entre mis lectores moneda vieja de cobre con cierto baño dorado o plateado para imitar la acuñación moderna.

Si no soy viejo, he cometido también una falsificación de otro género: he dado moneda corriente, pero oxidándola antes para que ofrezca a la vista y al tacto de las gentes la apariencia de la *pátina*, que tanto aprecian los numismáticos.

Mírese como se quiera, no salgo muy bien librado de las manos del contraste o ensayador que, por

mero pasatiempo sin duda, ha querido someterme á la piedra de toque de su curiosidad.

Ser ó no ser: ésta es la cuestión, como dice Ernesto Rossi en su papel de *Hamlet*... Ser viejo ó no ser viejo: éste es el busilis.

Resuélvase como quiera el problema, siempre resultará que vengo á ser uno de los *personajes* con que D. Félix María de Samaniego hacía sus excelentes fábulas: ó el asno metido en la piel de león, ó el grajo disfrazado con plumas ajenas.

Si soy (con perdón de ustedes) asno joven que me he vestido la piel de león viejo para engañar á la gente, no ha faltado una molinera curiosa que me ha visto la punta de la oreja y ha hecho conmigo lo que el molinero de la fábula.

Si soy grajo vetusto que se ha engalanado con las plumas tornasoladas de joven pavo real, una vez delatado por mi misma torpeza, huirán de mí indistintamente los jóvenes y los viejos... ¡Bonito porvenir!

Y todo esto por la curiosidad de una persona á quien le importa lo mismo que Blas sea viejo ó joven, grajo ó jumento...

Lo que yo soy verdaderamente es mansísima oveja cuando así me presto á ser traído y llevado sin exhalar un balido de protesta.

Siyo tuviese un poco de la malicia del zorro, sabría sacudirme las moscas y eludir contestaciones á preguntas capciosas. Pero, ya se ve, acostumbrado á expresar sencillamente mis pensamientos en la forma en que se me ocurren, no tengo trastienda ni sutileza para disfrazarlos, y digo la verdad con el mismo aplomo con que dicen otros una docena de mentiras...

Pero, á todo esto, observo que aún no he contestado á la pregunta de la discreta suscritora... Y noten ustedes que si la llamo *discreta* á pesar de mostrarse tan *curiosa*, preciso es que esté bien persuadido de su discreción. ¡Oh! De esto no tengo la menor duda. ¿Cómo no ha de ser discreta, amable, bondadosa y hasta *angelical* una persona que, sin conocerme, me quita de encima una porción de años?

A decir verdad, la pregunta no viene formulada en términos precisos, y de aquí proviene la dificultad de contestarla. Si se hubiera preguntado: «¿Cuántos años tiene Blas?» estábamos al cabo de la calle; Blas habría respondido sin titubear: «tantos», y quedaba terminado el asunto.

Pero no señor; lo que se quiere *curiosear* es «si Blas es tan viejo como da á entender en sus artículos», y yo no encuentro forma ni manera de contestar á derechas.

La edad no puede medirse en absoluto por el número de años que cuenta la partida bautismal, sino por el estado de las facultades morales y físicas del individuo.

Ahora bien: cuando me contemplo al espejo con mi peluca de color indefinible, con mi barba blanca, con mi frente arrugada, con mis gafas convexas como los cristales de un cosmorama, con mi espalda convexa como mis gafas, con mis mejillas que son la antítesis de las gafas y de las espaldas, porque aparecen cóncavas á causa de la desaparición de los dientes incisivos, caninos y molares... Cuando me veo así, exclamo para mi bata (porque no uso capote): «¡Qué viejo soy!»

Pero si poco después me tropiezo en la escalera con mi vecino D. Lupercio, que tiene los mismos años que yo, aunque se esfuerza por disimularlos; que ostenta una cabellera y unas patillas negras como el azabache merced al nitrato de plata; que usa lentes de miope, viste con afectada elegancia, aprisiona sus pies en unas estrechísimas botas que son la negación de aquel principio físico de que el continente ha de ser mayor que el contenido; que lleva, en vez de un bastón de apoyo como el mío, un junquito ligero y flexible; que se sonríe con todas las mujeres que encuentra para enseñar una magnífica dentadura suya y muy suya, puesto que se la ha comprado á Nogués; que habla sin cesar de sus conquistas amorosas y de sus calaveradas galantes con toda la volubilidad que le permite la tos asmática que padece, y que es, sin conocerlo, el hazme reír de las mujeres y el desprecio de los hombres... entonces conozco que soy más joven que D. Lupercio.

Cuando me comparo con mi amigo D. Felipe, diez años más viejo que yo, pero que se levanta de la cama al amanecer, se afeita por su propia mano, se asea sin emplear cosméticos ni tinturas, se cepilla los cabellos, cortados á sobrepeine, de su cabeza plateada pero erguida; da largos paseos matinales; no há menester vidrieras para abrigar sus ojos vivos é inteligentes; come con sobriedad y sin vino; es padre de seis hijos que ha educado por sí mismo y de seis libros que han merecido universales elogios; trabaja ocho horas diarias, conversa afable y discreto con sus amigos, y en una palabra, realiza el bello ideal de los higienistas: *mens sana in corpore sano*... Cuando me comparo con él, digo: «Es verdad que

D. Felipe tiene más años que yo, pero es evidente que yo soy más viejo que D. Felipe.»

Conozco muchos adultos y jóvenes que han pasado la mayor parte de sus años en las orgías, en las casas de juego y de juegos, en los placeres sensuales, en la ociosidad indolente, en los excesos del libertinaje, en el ejercicio constante de sus malas pasiones y como dedicados asiduamente á gastar los resortes de su vida intelectual y física... Esos son mucho más viejos que yo...

«¡Y dále con las digresiones, y dále con escapar-se por la tangente!» dirá la curiosa suscritora al oírme hablar en estos términos.

Es verdad, es verdad, y en esto conozco que soy más viejo de lo que quisiera, puesto que, reconociendo mis propios defectos, en vez de aplicarme á corregirlos me entretengo en murmurar de las faltas ajenas.

Ya es tiempo de contestar lisa y llanamente á la pregunta de mi lectora de provincias.

Creo que, en efecto, no debo ser viejo, y para opinar así me fundo en datos autorizados é irrecusables. Apuntaré algunos.

Hace próximamente cuarenta y cinco ó cincuenta años ó asegurar á personas respetabilísimas, á hombres de gobierno, á eminentes políticos, que España había entrado en un nuevo período histórico, *en una nueva era* (que ahora recuerdo esta frase sacramental), á cuyo término, que ya se tocaba con la mano, entraríamos á disfrutar de todas las felicidades imaginables, así en el orden moral como en el material. Que aquellos esclarecidos varones decían la verdad no puedo ponerlo en duda, porque ¿quién podía saberlo mejor que ellos? Pues bien, yo no veo aún esas gollerías, ni he visto de esa *era* más que los gorrones que se comen el grano; por lo tanto, y siendo muy breve el plazo en que necesariamente habían de realizarse tales profecías, si éstas no se han cumplido es que el plazo no ha espirado, y por consiguiente, no han podido transcurrir esos años y no soy tan viejo como yo me figuraba.

Pero ¿quá; tampoco me sale esta cuenta, porque vuelvo la vista atrás y recuerdo que he presenciado hechos históricos para cuyo desenvolvimiento han debido ser precisos muchísimos años. He visto nacer, crecer y morir instituciones políticas que llevan en sí mismas el sello de la longevidad. He visto morir, viejas y achacosas, cinco ó seis Constituciones, con cada una de las cuales hubiera tenido alimento para dos siglos el organismo político de cualquier otra nación. Luego, si he visto estas cosas, claro está que soy infinitamente más viejo de lo que yo creía.

Hay momentos en que me conceptúo mucho más viejo que Matusalém, y hasta me parece que sólo vivo en espíritu, y no en carne y hueso. A cada momento veo en libros y periódicos el dictado de *inmortales* aplicado á filósofos, poetas, generales y políticos que no son precisamente Platón, ni Homero, ni Gonzalo de Córdoba, ni siquiera Machiavelo. Y cuando recuerdo que he conocido personalmente á muchos de esos señores á quienes se ha decretado la *inmortalidad*, y que me he hembreado con alguno de ellos, que no pudo sospechar siquiera esta *deificación*... vamos, me parece que he vivido muchos siglos y que yo soy el verdaderamente inmortal, esto es, incapaz de morir.

De todo lo dicho, y de muchísimo que me queda por decir, resulta: que no sé, ni siquiera con cien años de aproximación, si debo llamarme joven ó viejo, en el buen sentido de estas palabras; que no tengo opinión formada sobre el asunto; que procuraré estudiarle con detenimiento, y que si, á fuerza de años, consigo resolver el temeroso problema, vendré humildemente á las columnas de esta revista á satisfacer la curiosidad de la persona que me ha obligado á escribir este mal perjeñado artículo. Perdónenselo mis demás lectores, como de buen grado se lo perdona

BLAS.

CASIMIRO BARELLO Y MONTI

ADMIRABLE PENITENTE.

† en Alcoy el 9 de Marzo último.



Más de tres meses hace que oímos hablar con respeto y hasta con veneración de este pobre peregrino italiano, cuando edificaba con su caridad ardentísima y con su piedad asombrosa á los católicos valencianos. Después leímos la narración de su enfermedad y de su muerte, y sus admirables virtudes nos causaron profunda impresión, arrancando lágrimas de nuestros ojos y edificándonos como si leyésemos los hechos de un santo. Sin embargo, hemos querido dejar al tiempo que serenase las impresiones del

momento antes de tributarle el homenaje debido á su prodigiosa penitencia y á su muerte santísima. La Iglesia, tan prudente en todas sus cosas, ha contemplado indulgente las demostraciones de veneración que el sentimiento popular le ha tributado; pero ha esperado también á que pasasen los primeros momentos de la emoción espontánea para abrir información acerca de los hechos que han precedido y acompañado á la muerte del peregrino italiano. Sea cualquiera el supremo fallo de la Iglesia, único que debe acatarse en esta materia delicadísima, nosotros nos limitamos hoy á publicar su retrato y algunas noticias suyas, recogidas de varios periódicos.

Nació Casimiro Barelo y Monti en Covagnolo, pueblo del Piamonte, de una familia pobre pero honrada; desde su niñez sintió fuerte vocación por la Iglesia y ese suave pero poderoso impulso que hace aspirar al alma hacia la perfección. Cayó soldado y fué á servir; mas su vida religiosa hizo que le tuvieran por loco, y le valió para que le dieran una licencia temporal, que empleó en visitar los santuarios de Italia, hasta que después le dieron la absoluta. Entonces Casimiro, libre de toda traba, decidió á seguir su vocación, que le impulsaba á hacer penitencia, á orar incesantemente y á desprenderse de los bienes de la tierra para aspirar á los del cielo.

Seguendo al pie de la letra el consejo del Evangelio, fué, vendió cuanto le correspondía de su modestia herencia, lo repartió entre los pobres, y sin más bienes que una pobre túnica empezó á peregrinar, visitando Roma y todos los santuarios de Italia, desde donde pasó á España.

Por todas partes donde pasaba iba haciendo bien, pedía limosna; pero lo que recogía lo daba á los pobres ó á los presos, ó lo entregaba á los hospitales, que visitaba con frecuencia. El no comía más que una vez al día, y entonces echaba agua á la comida para que estuviera fría y desabrida. Dormía generalmente sobre el suelo, casi siempre á la intemperie, y todo el día lo pasaba en las iglesias de rodillas ante el Santísimo Sacramento, objeto predilecto de su devoción.

En Madrid aguardaba á Barelo una cruz. El cónsul de Italia mandó prenderle, fué conducido al Saladero, y allí estuvo hasta que el Gobernador civil, viendo no había causa para perseguirle, le puso en libertad. Todo el tiempo que estuvo en la cárcel repartió su comida entre los demás presos y les hizo otros muchos favores, por lo que le querían extraordinariamente.

Fué después á Valencia, donde llamó grandemente la atención por su fervor; tanto que la gente le seguía por las calles. Él por su parte huía de toda demostración y rehusaba constantemente cuantos ofrecimientos se le hacían. Pasó últimamente á Játiva, y allí contrajo la enfermedad que había de conducirle al sepulcro. Tuvo ánimo para llegar á Alcoy, donde causó un asombro y una impresión grandísimas. Uno de los testigos presenciales la describe así:

«Llegó á esta ciudad, víspera de Quinquagésima, en los días en que más contraste había de hacer su conducta austera y edificante con la disipada y corrompida de los adoradores de ese *escándalo social y religioso* llamado Carnaval. Humanamente no se concibe que pueda un joven de treinta años, como Casimiro, entrar á las cinco de la mañana en la parroquia de Santa María, y de rodillas ante Jesús sacramentado permanecer en la misma reverente actitud hasta las seis de la tarde, sin otro alimento que el de la oración y el fervor de que se hallaba poseído. Tres días consecutivos pudo contemplarle Alcoy con ese género de vida, sin que en su semblante se manifestara ni el desfallecimiento ni el más leve cansancio.

«El ardor de la plegaria se reflejaba en su rostro; en sus mejillas se retrataba lo encendido de su corazón. Penitente, sin duda rogaba por ese mundo pecador que, bullicioso y frenético, se agitaba á la otra parte del grandioso templo. Más que á la fatiga de tan prolongada penitencia, Casimiro se ha rendido á la calentura ó fiebre intermitente que pocos días antes había contraído en el pernicioso clima de Játiva. En el lecho es modelo de resignación y de paciencia. Hoy se encuentra más aliviado. He tenido ocasión de conversar con él, he querido ver de cerca al hombre extraordinario, al joven italiano que asombra las ciudades y pueblos con sus virtudes, y atrae las almas con el suave aroma de su candor y austera penitencia; y lo que verdaderamente atrae, conmueve y fascina es esa atención perenne, esa fijeza de espíritu hacia las cosas celestiales, esa continua observación de su alma, para la cual todo lo terrestre se convierte en espejo clarísimo donde se retratan Dios y sus infinitas perfecciones. Es un espíritu suspendido entre el cielo y la tierra por la admi-

nable cadena de oro de la oración y penitencia." Uno de los facultativos que le asistieron, da estos detalles sobre su enfermedad:

"Se puede decir que Casimiro es una perfecta fotografía de la caridad cristiana. Conmueve hasta los corazones más insensibles, si el materialismo no lo ha empedernido alejándolo de Dios, como él ha empedernido sus rodillas aproximándose al que parece se complace en conmovir su corazón. Este latía con tanta fuerza el último día de penitencia, que me sorprendió al ponerle la mano sobre el costado izquierdo cuando concluyó su oración y penitencia de catorce horas de duración. Como penitente, cumplió en el último día de Cuarenta Horas su misión de servir de modelo para los penitentes. La rigurosa dieta, la calentura, que se pronunció bastante, y la mucha sed que me dijo padeció y que me recordó la del Penitente del Calvario, demuestran un valor que anonada la impiedad."

Víctima de una fiebre tifoidea, Casimiro falleció el 9 del pasado en la casa del Sr. Valero, que le había recogido. La noticia circuló con rapidez, y todo el pueblo acudió a la casa para ver y tocar los restos del que proclamaba santo. El cadáver fué trasladado a la capilla de San Jorge, donde estuvo expuesto cuarenta y ocho horas, sin que se notaran síntomas de descomposición. Dispúsosele un entierro solemne, al que acudió tanto gentío de Alcoy y de los pueblos inmediatos, que la ciudad presentaba un aspecto de animación extraordinario y nunca visto.

Hé aquí cómo lo describe un corresponsal de *La Lealtad*, de Valencia:

"Desde la capilla de San Jorge, punto de partida, y desde la parroquia de Santa María, donde se le cantó el oficio de sepultura, hasta el cementerio, en toda esa extensa carrera que tuvo que recorrer el cortejo fúnebre, una inmensa muchedumbre llenaba las calles y balcones, incluso la espaciosa plaza de San Agustín y la hermosa y dilatada calle de San Nicolás, con las afueras de la puerta de Alicante, donde espesas masas de gentío se escalonaban por las alturas laterales del camino y coronaban la eminencia que domina por uno de sus flancos al campo santo. Los municipales, los agentes de orden público y otros dependientes de la autoridad apenas podían abrir paso a la comitiva fúnebre a través de las apiñadas muchedumbres que se agolpaban al tránsito para venerar los restos mortales del humilde penitente.

"Hubiérase dicho que el Dios de la Eucaristía, de quien fué adorador heroico el ejemplar Casimiro, despojándose de sus propios honores, quería honrar con ellos el sepulcro de su fidelísimo siervo; porque aquello, más bien que entierro, era la procesión solemnísimamente del Corpus atravesando el inmenso gentío que la presencia en Valencia ó en Sevilla. El corazón, ebrio de emoción en presencia de tal espectáculo, y presa a la vez de encontrados sentimientos, no sabía a cuál dar la preferencia si al pesar por la muerte de Casimiro, ó al gozo por esta su glorificación en la tierra, y los labios vacilantes no sabían si ofrecerle un sufragio ó elevarle una plegaria.

"Llegada al cementerio la célebre comitiva, quedó allí depositado el féretro, sin que el cadáver, según la inspección y el informe facultativos, presentase síntoma alguno de descomposición, ni mucho menos. El venerable cuerpo, vestido con religiosa túnica, ofrece un aspecto interesante; su cabeza, de una belleza esculturaria, parece modelada en blanca cera con ligero tinte de carmín, y por lo juvenil y místico de su rostro presenta un parecido al de San Luis Gonzaga ó al de San Estanislao de Kostka; sus brazos están cruzados suavemente sobre el pecho, en el que pende un crucifijo, y todo su continente, por el cual, como ha dicho hoy *El Serpis*, vaga algo de misterioso, infunde profunda y amorosa veneración. Se han sacado de él varias fotografías, cuyo producto se destinará con otros fondos a la construcción de un panteón que se trata de erigirle en el cementerio. Entre tanto, encerrado cuanto sea necesario en una caja de plomo dentro de otra de madera, será colocado en un nicho con todas las precauciones necesarias."

Cítanse no pocas curaciones obtenidas por el contacto del cadáver de Casimiro, así como la flexibilidad de todos sus miembros después de los dos ó tres días de su fallecimiento. No se le hubiera dado aún sepultura, á no ser por una orden expresa del gobernador civil.

Añadiremos á estos párrafos los siguientes de una carta de Játiva que publicó en Febrero *La Lealtad* de Valencia. Aunque largos, es seguro que los leerán con gran edificación nuestros suscritores:

"El sábado 9 de los corrientes empezó á correr la voz de que un joven penitente se hallaba de rodillas delante del Santísimo Sacramento desde las cinco de la mañana en la iglesia parroquial de San Pedro,

en donde habían comenzado aquel mismo día las Cuarenta Horas.

"Como es de suponer, no faltaron curiosos que asistieran aquel día al expresado templo.

"Aunque todos adivinaban que el indicado sujeto era el mismo que tanto había llamado la atención de la capital, sin embargo, se hacían mil suposiciones acerca de su género de vida, sobre su motivo y hasta su persona.

"Pocos días fué menester para que la local imaginación se dejase de invenciones y diese lugar á que la razón juzgase ante los hechos que con toda desnudez y evidencia la presentaban los sentidos.

"En efecto, señor Director, el numeroso público que incesantemente llenaba el templo dicho veía que á las cuatro de la mañana estaba ya en él el indicado joven, descalzo, con su pobre y haraposito hábito, sus libritos y su rosario, que se arrodillaba en el rincón de una capilla, de donde sólo se movía para acercarse al sagrado comulgatorio, volviendo luego al mismo sitio, en donde permanecía de rodillas como una estatua, sin más movimiento que sus profundas y difíciles postraciones, extensión de brazos, hasta las cinco y media de la tarde, en que, avisado por el señor cura ecónomo, á cuyas órdenes se puso desde el primer día, entraba en la abadía, se tomaba luego una frugal comida y se retiraba á un pajar situado á una media legua corta de la ciudad, en donde descansaba hasta la madrugada del siguiente día, para volver á la misma iglesia.

"El inmenso público que veía durante cuatro días consecutivos lo mismo, que sabía que el expresado señor cura y otras personas le habían ofrecido hospedaje y que lo había rehusado muy cortésmente, de la misma manera que las limosnas en dinero que algunas personas le ofrecían, aceptando tan sólo los pedazos de pan, que luego entregaba al primer pobre que se presentaba á su paso, no podía menos de unirse con respeto y hasta con una especie de veneración á un joven tan extraordinariamente ejemplar.

"Así es que aquella curiosidad del principio trocóse pronto en conmoción profunda y general. Ya no eran las mujeres las que iban á ver al peregrino ó al *fraret*; era la población en masa la que visitaba la parroquia para ver al hombre extraordinario, pero con esta circunstancia digna de notarse: que teniendo á los ojos á aquel constante y heroico adorador de la Eucaristía, era imposible contenerse sin caer de rodillas ante Jesús sacramentado. Yo mismo ví entrar á dos sujetos que, por la manera como entraron y se quedaron de pie, indicaban que no buscaban á Dios sino al *hombre*; mas éste los mira, observa su actitud irreverente, y señalando con sus ojos y sus manos dónde estaba el objeto de su adoración, caen de rodillas en el suelo, inclinando su cabeza y su cara al altar mayor. Como usted comprenderá, el respeto y la veneración animaba al concurso de personas, que salían asombradas, y muchas de ellas vertiendo lágrimas abundantes.

"Si estos efectos producíanse á los cuatro días de permanencia entre nosotros, sin más comunicación que su presencia en la iglesia y las contadas personas que por conducto de dicho señor cura le hablaban, figúrese usted cuáles no serían cuando este señor le mandó que aceptase la comida á que le convidase alguna persona por la noche; cuando por obediencia dejó el pajar del campo y se acostaba en el de un corral de casa de un honrado labrador de dicha parroquia; cuando se le trató y fueron conocidos sus fines modales, su trato tan dulce y simpático; la íntima convicción de la conveniencia de su vida errante y austera, y sobre todo su encendido amor á Dios y á los hombres; y todo esto unido al mismo género de vida de los días anteriores, permaneciendo otras Cuarenta Horas en el mismo templo arrodillado delante del augusto Sacramento.

"Señor Director, no era ya la curiosidad lo que se notaba en las gentes, ni tampoco el asombro ante las virtudes tan admirables ni la veneración al más sublime de los Sacramentos; eran lágrimas que la simple vista del mencionado pobrecito arrancaba de los ojos de todos; lágrimas de amor á Dios, lágrimas por haber ofendido á un Dios por cuyo amor tantos sacrificios y penalidades se personificaban en el expresado penitente. Yo mismo he visto llorar á multitud de personas alejadas por completo de los deberes religiosos; las he oído expresar el dolor que les causaba haber llevado aquel género de vida, asegurándome algunas de ellas que de hoy en adelante serían otras.

"De modo que todos dicen: La permanencia del pobrecito entre nosotros ha sido una misión para todos.

"El hermano Casimiro Barelló era ya el objeto de todas las conversaciones, y de la atención y cariño de todos. Y con razón, porque lo que de él se refería era más que suficiente para despertar el más empedernido corazón. Permítame que me extien-

da en narrar algunos de los hechos más notables.

"Al saber que en una casa próxima á la parroquia de San Pedro se hallaba una anciana agonizando, pidió ir á verla, y así que llegó á su presencia se arrodilló á la cabecera de su cama, diciendo á la pobre moribunda palabras de confortación y de consuelo, siendo imposible arrancarle de allí hasta las dos y media de la madrugada, en que el dueño de la casa, movido á compasión, le mandó que se retirara á descansar al pajar, lo cual ejecutó; pero á las cuatro estaba ya de pie preparado para pasar todo el día, como los anteriores, de rodillas ante el Santísimo Sacramento.

"No menos edificado en la presencia de los pobres mendigos, á los cuales besaba los pies y abrazaba, dándoles todo el pan que llevaba encima, y cuando no tenía, él mismo pedía al primero que tenía á su lado, entregándolo luego al pobre.

"La primera noche que se quedó en el pajar de la casa del labrador antes citado, se le advirtió que una ventana vecina era de la sacristía de la iglesia de la Consolación, y por consiguiente que pasaría la noche muy cerca de Jesús Sacramentado; es imposible, señor Director, describir la alegría que se dibujó en el rostro del expresado joven al oír esta noticia; sus mejillas se hicieron como de carmín, sus ojos se avivaron, ya no ansiaba más que quedarse solo, y sin dejar que el dueño de la casa le tendiera la paja que le había de servir de lecho, de rodillas ante la ventanilla empieza á dirigir jaculatorias al Santísimo Sacramento, á llamar á su ángel custodio para que corriese un poco la pared de la ventana y á lo menos le permitiese ver la claridad de la luz que ardía delante del altar mayor; y como el expresado dueño, al verle tan entusiasmado, le dijese: hombre, acuéstese y duerma, si no mañana cómo podrá ir á las Cuarenta Horas, él le contestó: no importa, esta noche le quiero yo gozar, esta noche que es patrimonio mío; mañana no sé si vivirá.

"Finalmente, narraré el más notable y ruidoso de todos, que ciertamente es una maravilla de la caridad. Habiéndole manifestado al señor cura que no quería salir de Játiva sin hacer una visita á los pobres presos, pero que quería llevarles algunas limosnas en especies, le pidió su parecer sobre si pediría un día por la ciudad para tan santo objeto; al expresado señor le pareció mejor hacer conocer al público los deseos del buen Casimiro y que el lunes 18, de nueve á diez de la mañana, recogería á la puerta de la iglesia lo que espontáneamente le diesen. A las ocho se celebró en dicho templo una misa al Santísimo Corazón de Jesús, que dijo D. Eduardo Legido; la iglesia, no obstante la abundante lluvia que entonces caía, estaba de bote en bote; terminado el Santo Sacrificio, empezó la colecta; una pareja de vigilantes enviados por la digna autoridad local procuraba el desfile de la multitud de personas que con los ojos arrasados en lágrimas pasaban por delante del penitente besando el crucifijo de su rosario y recibiendo además los hombres un abrazo y un beso, entregando todos en los canastos preparados al efecto y á su paso el comestible ó la ropa objeto de su limosna. Una hora duró esta colecta; fué imposible detenerse más, pues el digno señor juez y algunos señores del Municipio esperaban á las diez al buen Casimiro con las limosnas recogidas en la cárcel; éstas consistían en diez ó doce grandes canastos de pan, sobre dieciséis arrobas, y dos arrobas de embutido y tocino, además vino, tabaco, tortas, bizcochos, pasas, frutas y ropa en abundancia. Para trasladarlo todo á su destino fué preciso buscar un carrito, y el bueno de Casimiro quiso hacer de bestia para arrastrar el vehículo. Esta escena conmovió á todos; una lluvia copiosísima caía entonces, las calles estaban intransitables y el camino era largo y penoso; pero nada es capaz de hacerle desistir de su empeño. Enteramente descalzo, descubierta su cabeza, sucio de lodo y mojado su pobre y haraposito hábito, pero radiante su rostro de una alegría angelical, tira de su carrito en medio de numerosa muchedumbre, que con pasmo y conmoción mira aquel héroe de caridad. Su paso por las calles era una marcha triunfal; unos lloran, otros ríen de santa alegría, y no faltan algunos que le vitorean y aplauden.

"En la cárcel le reciben los dignos representantes de las autoridades judicial y civil, les pide permiso para hablar á los presos y abrazarles, y ante aquella nueva escena no hubo nadie que no reconociera que la gracia de Dios obraba tales prodigios de amor al Señor y á los hombres como Casimiro manifestaba en sus palabras y en sus obras.

"Por de pronto, lo que ocurría era ya un prodigio: Casimiro sólo deseaba socorrer á los pobres de las cárceles, y el Señor hizo que pudiese socorrer á todos los pobres del asilo y de la Beneficencia además de los presos, pues con lo que sobró á éstos, después de dejarles bien arreglados, llevó él mismo con su carrito tres grandes canastos de pan y uno de



embutido y tocino á cada uno de los indicados establecimientos.

» La tarde de aquel mismo día la pasó en el santo Hospital entre los enfermos, de quienes se despedía besándoles sus llagas y dándoles un fuerte abrazo.

» Al día siguiente, martes, la satisfacción y la tristeza se reflejaba en los semblantes de todos. La satisfacción de haber visto los ejemplos admirables de virtud que sólo viven en el seno de la verdadera Iglesia; la tristeza que se siente al despedirse de un amigo que se ama en Jesucristo; Casimiro Barello se despedía de los hijos de Játiva, que, no obstante sus precauciones para no ser seguido, le habían acompañado en grandísimo número hasta la cruz de Bixquert, media hora de la ciudad y camino de Alcoy.»

LOS GRABADOS

CASIMIRO BARELLO Y MONTI

(Véase el artículo que precede.)

RESTOS DEL MONASTERIO DE «SANTAS CREUS». — ENTERRAMIENTO DE LOS REYES DE ARAGÓN

(Provincia de Tarragona.)

Hállase el monasterio de Santas Creus á unos 15 kilómetros de Tarragona, en la margen izquierda del Gayá, al pie de copiosa cascada, cuyas aguas riegan y fertilizan la llanura del término; fué fundado pocos años después de la

reconquista de Tarragona; el edificio era, según se expresa el cronista Muntaner, «una maravilla arquitectónica», de estilo ojival; su templo, dedicado á Santa Lucía, hubiera podido sostener competencia con los más artísticos de aquellos lejanos tiempos.

Lo más notable del monasterio de Santas Creus es el claustro destinado á enterramiento de los Reyes de Aragón y de los próceres más ilustres del reino: allí descansan los restos de D. Pedro I y su esposa Doña Blanca; de don Pedro III *el Grande*, el conquistador de Sicilia; de D. Jaime II y su esposa Doña Margarita de Entenza; de D. Ramón y D. Guillén de Moncada, aquellos soberbios magnates que tantas alteraciones promovieron en el reino durante la menor edad de Jaime I *el Conquistador*, y que luego perecieron gloriosamente, bajo la enseña de este esclarecido monarca, en la reconquista de Mallorca; del heroico Roger de Lauria, el vencedor de Carlos de Anjou, el que ganó la asombrosa victoria naval de Malta; el que se atrevió á de-



RESTOS DEL MONASTERIO DE «SANTAS CREUS» — ENTERRAMIENTO DE LOS REYES DE ARAGÓN.

(Provincia de Tarragona.)

cir, según la leyenda, al embajador de Felipe III *el Atrévado*, rey de Francia, que ni los peces surcarían el Mediterráneo si no llevaban estampadas en sus aletas las barras de Aragón.

Existen aún, cerca del casi derruido monasterio, los restos del magnífico palacio de D. Jaime II y la célebre casa del Bolsero.

Dos años hace que la Academia de San Fernando trató del modo de salvar de la total ruina el maravilloso monumento; pero sus nobles deseos se estrellaron, según creemos, en los obstáculos de siempre, como si un triste destino pesase implacable sobre estas ruinas de nuestras pasadas glorias y grandezas.

Santas Creus, morada de sabios cistercienses, rico museo con toda clase de obras artísticas, emporio del saber y de la piedad, es hoy, por obra de la civilización moderna, un montón de escombros. Su claustro destrozado, su iglesia desierta y profanada, sus celdas hundidas, sus monumentos deshechos

¡Oh fábula del tiempo! Representan
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.

¡Envanézcase nuestro siglo con esos trofeos de sus victorias!

EL MADHÍ, JEFE DE LOS INSURRECTOS DE SUDÁN, CAMINANDO Á LA CABEZA DE SUS TROPAS

Poco tenemos que decir aquí acerca de este grabado. En la *Crónica* hemos reseñado día por día las vicisitudes de la guerra de Egipto en que andan enredados los ingleses, y cuyo desenlace todavía no puede preverse.

La primer campaña se dirigió contra Arabi, que, sin ser un *profeta*, parecía reunir cualidades sobresalientes de caudillo para capitanear las huestes egipcias sublevadas contra la dominación inglesa; pero Arabi, comprado ó vencido, desapareció pronto de la escena, y los ingleses creyeron realizada su fácil conquista. Entonces surgió, no ya un sim-

ple caudillo, sino un *profeta*, es decir, un fanático que, creyéndose inspirado por Alá y por Mahoma, tomó á su cargo el reanimar la fe musulmana, reverdeciendo los lauros de la pisoteada Media Luna.

Tal es el «Madhí», hombre austero, misterioso, que se pasa parte del día orando, y que ha llegado á infundir á sus partidarios, más que entusiasmo, verdadera y profunda veneración.

Hoy el «Madhí», es dueño de todo el Sudán, y según decimos en la *Crónica*, sus huestes avanzan hacia el norte del Egipto, poniendo en consternación á los habitantes del Cairo. Tal es el personaje que hoy embarga la atención de Europa, y que tiene puestos en un brete á los orgullosos hijos de la opulenta Albión.

SALA CENTRAL DEL MUSEO DEL PRADO EN MADRID

Publicamos en el núm. 38 del tomo VI de *La Ilustración* la vista del Real Museo del Prado, y con el grabado una reseña histórica del edificio, levantado por D. Juan de Vi-

lanueva en 1768 con otro destino, y dedicado por Fernando VII á Museo, después de restaurado espléndidamente á costa del bolsillo particular del monarca.

Complemento de aquella vista es el grabado de este número, que representa la gran sala central, de figura paralelógrama, de 378 pies de larga y 36 de ancha por 38 de alta. Su bóveda está embellecida de casetones y ornatos del mejor gusto, con un cuerpo de 44 pies de altura en su medio (sin interrumpir sus principales líneas) cubierto de una bóveda encasetonada, abierta por una claraboya circular de 12 pies de diámetro por 11 de alto, que, en unión de otras ocho repartidas por toda su línea, iluminan el hermoso salón, en el cual se hallan hoy reunidas las obras maestras del rico Museo, pertenecientes á las escuelas españolas é italianas, como son los de Murillo, Velázquez, Juan de Juanes, etcétera, etc., y los de Rafael, Ticiano, Tintoretto, etc.

En ningún Museo de Europa hay una sala tan espléndida: es preciso entrar en ella con la cabeza descubierta, saludando las obras más insignes que ha producido el genio de los pintores españoles é italianos, los más ilustres del mundo.

Quiera Dios que luzcan allí siempre para gloria de España, y que el hermoso salón no se convierta algún día en club revolucionario.

LAS CONSTRUCCIONES INGLESA¹

NADA más curioso, interesante y extraño á la vez para los que habitamos el antiguo continente europeo, que una excursión detenida por estas islas Británicas. Pero si antes de llegar á la capital se hace escala en uno de esos pueblos, por decirlo así, improvisados, pues no tienen tradición ni historia por haber sido formados alrededor de una máquina que mueve una industria, de una mina ú otro cualquier medio de producción, se ve y admira cuán pocos años bastan en Inglaterra para la fundación y desarrollo de una población que en otros países necesita largas épocas de estacionamiento.

El aspecto general de esos pueblos no puede ser más chocante; es de suponer que las viviendas han de estar en armonía con las fortunas y costumbres de sus habitantes; de ser así, éstas y aquéllos deben hallarse bien definidos y clasificados, reuniendo-

se en grupos de alineadas casas, yuxtapuestas unas á otras. De éstas se han creado dos ó tres tipos cuando más y repetido tantas veces como familias existen, resultando de esa exactitud en la repetición la monotonía y confusión consiguientes, bastando una simple mirada para distinguir entre sí cada una de estas tres categorías.

Todas estas casas, construídas de madera y ladrillo aparente, no exceden de tres pisos con el firme, tomando luces de la calle y de un pequeño jardín que tienen á la espalda, y participan de una cómoda distribución y perfecta construcción.

Los arquitectos de esas localidades es seguro que terminan pronto su misión, pues una vez creadas esas tres *recetas* no se presentan dificultades al ponerlas en ejecución, conociendo hasta el número de ladrillos, sacos de yeso, litros de agua, etc., que entran en su confección ó manufactura.

Al entrar en Lóndres el ánimo se impresiona de otro modo; por espacio de mucho tiempo el tren, en una vertiginosa marcha, camina por un elevado viaducto desde donde se distingue un paisaje original,

¹ *Anales de la Construcción y de la Industria.*



EL MADHÍ, JEFE DE LOS INSURRECTOS DE SUDÁN, CAMINANDO Á LA CABEZA DE SUS TROPAS.

que no es otra cosa sino la heterogénea mezcla de tejados y chimeneas sobre los que aquél está construído.

Al descender en una de las magníficas estaciones de *gran línea* con los soberbios *Terminus Hotel* que tienen como complemento, se sienten deseos de echar una rápida ojeada por el río, donde el horizonte es más amplio y dilatado que en la población y permite abrazar ésta en globo, formando así una idea de su aspecto general.

El Támesis, que la divide en dos partes, puede decirse que participa en algo del carácter inglés; como ellos es profundo, sombrío y poderoso en caudal; sus apartadas orillas se hallan enlazadas por numerosos puentes, de piedra los de las vías ordinarias, de hierro los de las férreas. De un lado se descubre la imponente masa del Parlamento con su arquitectura ojival *sui generis*, detrás la abadía de Westminster con los cien pináculos que la coronan;

más allá la pesada cúpula de San Pablo, rival de la de Roma; *Sommerset-house* con sus interminables líneas de columnas; por todas partes, en fin, limitan el agrisado horizonte las inciertas siluetas de ese conjunto inmenso de habitaciones humanas y las afiladas agujas de los templos.

Todo eso se percibe cuando las densas y apretadas nieblas que caracterizan este país dejan por algunos momentos diáfana y transparente la atmósfera.

La capital dista mucho de ser un modelo de urbanización; mas puede considerárla como formada por la reunión de muchas ciudades populosas y con todos los elementos de existencia propia, pero que rinden un cierto tributo á otra principal, que es la *City*, centro comercial de Inglaterra y adonde afluyen las riquezas del mundo entero. En este recinto, relativamente pequeño, existen el Banco y la Bolsa como edificios principales; el primero llama la atención

por carecer de ventanas en sus macizos muros exteriores, iluminándose sólo por los patios. Su vecina la Bolsa no carece de monumentalidad y buenas proporciones, construída de piedra en el estilo greco-romano.

En las estrechas y tortuosas calles que rodean éstos se ven otros edificios de grande apariencia y suntuosidad, donde están establecidos Bancos de crédito y otras Sociedades financieras; pero apenas es dable al curioso observar las fachadas sin riesgo de ser atropellado por peatones y vehículos que, guiados por la máxima *time is gold*, cruzan veloces en todo sentido en busca del áureo metal.

Por no dar á estas líneas una extensión que haría más enojosa su lectura, omito ocuparme en los antiguos edificios considerados como tales, y de las incalculables riquezas que algunos de ellos encierran en materia de arte, como la abadía de Westminster, el Museo Británico, *South Kensington Museum*, etc.,

concretándose a los modernos desde el punto de vista de la construcción.

Si bien es cierto que los ingleses son caracterizados por su sentido eminentemente práctico, no lo es menos que saben unir lo agradable á lo útil, demostrándolo á cada paso en sus habitaciones, donde la comodidad *at home*, como ellos dicen, es la primera condición que se proponen satisfacer, no desdiciendo el revestir de formas artísticas y bellas, tanto el interior con pinturas y recubrimientos, como el exterior con la forma y disposición de los materiales.

En las construcciones particulares los únicos materiales empleados son la madera y la tierra cocida, ya en la forma ordinaria de ladrillos, ya en piezas moldeadas, constituyendo capiteles, cornisas, columnas, etcétera, ya, en fin, en baldosas ó azulejos vidriados imitando esmaltes venecianos. Con estos elementos juiciosamente combinados componen las fachadas, cuya decoración policroma resulta del mejor efecto, y lo sería todavía más si se destacasen sobre un cielo hermoso y alegre como el nuestro, en lugar del plomizo y triste que á ellos cubre.

De la piedra y el hierro jamás se hace uso en dichas construcciones como primer elemento; únicamente y con escasez como auxiliar de ellas, siendo razones de economía y de aspecto las que se oponen al empleo de esos materiales, pues sabido es que la caliza hojosa, que poseen con alguna abundancia, se cubre en pocos años de un tinte negro mate, que no es del mejor efecto, como puede suponerse, y del cual participan en mas ó menos grado todos los edificios de Londres.

En cuanto al hierro, parece extraño que Inglaterra, centro manufacturero de ese metal, proveedor de casi toda la Europa, no lo emplee hasta en las más vulgares construcciones; pero tiene su explicación, fundada en varias causas: por una parte, Escocia y las Indias proporcionan madera abundante y con más economía que el hierro; por otra, ningún particular ó compañía constructora, de las que hay muchísimas, edifica para más de noventa y nueve años, salvo muy limitados casos, tratándose de terrenos libres; pues hallándose la propiedad en todo el territorio inglés vinculada y en poder de un reducido número de familias, las de los *lords*, vendido que sea un terreno, vuelve á su poder pasados los noventa y nueve años de su venta, ó mejor dicho alquiler, con todas las mejoras introducidas en él, de las que no puede separarse nada que haya llegado á formar parte del inmueble.

Contra ley tan tiránica como tradicional que rige la Gran Bretaña, como contra la que se refiere al derecho de legislar, exclusivo también de dicha clase noble, acaso sean los gérmenes de una revolución terrible los *meetings* que han tenido lugar estos días iniciados por los irlandeses, al parecer los más vejados por ellas.

Esas compañías constructoras y explotadoras de casas de que antes hice mención, compran los terrenos y edifican de la manera mas económica posible, con el fin de que, pasado el plazo de los noventa y nueve años, quede el inmueble en un estado tal que á los pocos más pueda considerarse inhabitable; por esta razón se ven todos los días hundimientos de casas que la ambición de los propietarios y la temeridad de los inquilinos hacen que no sean desalojadas hasta en último extremo, después de haber pasado la primera centuria de su existencia.

Las más interesantes que he visitado son las dirigidas por los señores May y Streit, sitas respectivamente en *Juham Green* y *West Kensington*, todas ellas en las proximidades de los caminos de hierro que se enlazan directamente con el metropolitano.

Ya no son estrechas sino espaciosas y rectas calles las que forman estos barrios nuevos, aunque compuestas de grupos formados por la repetición de un mismo tipo. Todas están dispuestas para un solo inquilino, y van precedidas de un foso á la fachada que sirve para dar luz al piso inferior, donde están establecidas las cocinas y servicio. Carecen de patio, hallándose sustituido por un pequeño jardín á la fachada posterior.

En el piso primero, poco elevado sobre el nivel de la calle, hallanse el vestíbulo, la escalera, la biblioteca, el *comedor de comer* y el de *almorzar*, *break-fast-room*, que con su indispensable *window* (balcón) es la pieza más importante de la casa, donde se toma el té de la mañana y el de la noche, se leen los periódicos, se fuma, y se recita y canta la Biblia en familia los domingos, única distracción, pasatiempo y obligación de los ingleses durante ese día de la semana.

En el segundo piso está el salón, *drawing-room*, y los cuartos de dormir, y en el tercero semi-abuhardillado, el *friend-room*, cuarto de amigo, y los de servicio.

El terreno de Londres, generalmente pantanoso, obliga, para dar condiciones de habitabilidad á los

pisos bajos, á preparar el suelo con diversas capas de hormigón seguidas de otra superior de cemento ó asfalto, sobre la que asienta el edificio. No se construyen de material más que las paredes exteriores y medianeras; las de travesía y tabiques se hacen de entramado de madera con forjado de ladrillo, y los espesores que se dan son los estrictamente necesarios á la estabilidad, 0^m,40 en el piso bajo de una casa de cuatro. Los pisos (*ceiling*) están formados con vigas que presentan el máximo de resistencia con el mínimo de sección: así, para 5 metros de luz se da una escuadría de 0^m,30 de altura por 0^m,06 de espesor y 0^m,45 entre ejes; para evitar la flexión lateral de esas piezas, se *ensoquetan* de una manera especial, que consiste en disponer en el plano normal á aquéllas listones en forma de cruz de San Andrés, es decir, que cada brazo va clavado por un extremo á la parte superior de una viga y por el otro á la inferior de la inmediata; además, con el entarimado del suelo y el enlustrado del techo adquiere la elasticidad, trabazón é insonoridad necesarias. Estas vigas, que más que tales son tablones, van empotradas por un extremo en el muro mediante una solera ó filete para su mejor asiento, y este empotramiento apenas es de 0^m,05; por el otro extremo se apoyan en vigas maestras de las llamadas armadas, constituidas de la manera más primitiva, consistiendo en dos piezas de madera como las anteriores, reunidas entre sí por medio de tornillos, y entre las cuales va alojada una lámina de palastro del grueso necesario; en esos tablones van practicadas unas esclopedaduras ó cajas para recibir las cabezas de las vigas.

Las escaleras son completamente de madera, así como las armaduras que sostienen la cubierta de tejías en forma de S, cuando no de delgada pizarra.

En la decoración del interior es donde ponen los ingleses especial cuidado: el vestíbulo va generalmente precedido de un pequeño porche sostenido por columnitas de estuco imitando á perfección los mármoles y pórfidos; el suelo de madera va cubierto de tapiz ó gutapercha; en el comedor el mueble más lujoso es la chimenea, ordinariamente de madera esculpida, dejando espacios que se rellenan con planchas de porcelana de variados dibujos y colores, así como el fondo del hogar y suelo del mismo se cubren de baldosas refractarias, que resultan de muy buen efecto. En algunas casas ricas no es extraño ver el comedor y la escalera revestidos de una elegante decoración de porcelana, con recuadros, pilstras y casetones de dicha materia, cuyas piezas están hechas expresamente para el sitio á que van destinadas.

Este sistema de decoración, donde dominan las superficies brillantes y los colores más acentuados, en un país en que la luz es tan escasa, pues puede decirse que aquí el día es un crepúsculo entre dos largas noches, no deja de parecer extraño y más adecuado á climas como el nuestro, en que dichas superficies rechazarían, reflejándose, los ardientes rayos solares, y tendrían más valor los variados contrastes de una decoración policroma.

El inmenso Palacio de Justicia *New Law Court*, en vías de terminación, la estación de *Midland Railway* y el nuevo Museo de Historia Natural, cuya puerta principal es copiada de las catedrales románicas del siglo XI, carecen de expresión, pues más asemejan los primeros con sus macizos torreones, almenados muros y aguzadas flechas á gigantescos palacios feudales de hace seiscientos años, que á edificios destinados á albergar instituciones y desarrollar empresas basadas en el estado actual de civilización y progreso de nuestro siglo.

L. ALADRÉN,
Arquitecto.

Londres, 30 de Setiembre de 1880.

ENCÍCLICA

DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII SOBRE LA MASONERÍA¹.

A los Venerables Hermanos
Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos
de todo el orbe católico
que se conservan en gracia y comunión con la Sede
Apostólica.

LEÓN XIII, PAPA



VENERABLES Hermanos, salud y bendición apostólica. El humano linaje, después de haberse, por envidia del demonio, miserablemente separado de Dios, creador y

dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos, de los cuales el uno combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario á la virtud y la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, á la cual, quien quisiere estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir á Dios y su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que, siguiendo los funestos ejemplos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehusan obedecer la ley divina y eterna, y acometen empresas contra Dios ó prescindiendo de Dios mismo. Agudamente conoció y describió Agustín estos dos reinos á modo de dos ciudades de contrarias leyes y deseos, compendiando con sutil brevedad la causa eficiente de una y otra en estas palabras: «Dos amores edificaron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial²». Durante toda la continuación de los siglos contienden entre sí con varias y múltiples armas y peleas, aunque no siempre con igual ímpetu y ardor. En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar á una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los *Masones*, extensamente dilatada y firmemente constituida. Sin disimular ya sus intentos, audacisimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente á los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo Nuestro Salvador. Llorando Nós estos males, somos compelidos por urgente caridad á clamar repetidamente á Dios: «Hé aquí que tus enemigos vocearon y levantaron la cabeza los que te odian. Contra tu pueblo determinaron malos consejos, y discurrieron contra tus santos. Venid, dijeron, y hagámoslos desaparecer de entre las gentes³».

En tan inminente riesgo, en medio de tan atroz y porfiada guerra contra el nombre cristiano, es nuestro deber indicar el peligro, señalar los adversarios, resistir cuanto podamos sus malas artes y consejos, para que no perezcan eternamente aquellos cuya salvación nos está confiada, y no sólo permanezca firme y entero el reino de Jesucristo que Nos hemos obligado á defender, sino que se dilate con nuevos aumentos por todo el orbe.

Los Romanos Pontífices, Nuestros Antecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron bien pronto quién era y qué quería este capital enemigo apenas asomaba entre las tinieblas de su oculta conjuración, y cómo, declarando su santo y seña, amonestaron con previsión á Príncipes y pueblos que no se dejaran coger en las malas artes y asechanzas preparadas para engañarlos. Dióse el primer aviso del peligro el año 1748 por el papa Clemente XII⁴, cuya Constitución confirmó y renovó Benedicto XIV⁵. Pío VII⁶ siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución apostólica *Quo graviora*⁶ lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII⁷, Gregorio XVI⁸ y Pío IX⁹, por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido.

Y en efecto, puesta en claro la naturaleza é intento de la secta masónica por indicios manifiestos, por procesos instruidos, por la publicación de sus leyes, ritos y anales, allegándose á esto muchas veces las declaraciones mismas de los cómplices, esta Sede Apostólica denunció y proclamó abiertamente que la secta masónica, constituida contra todo derecho y conveniencia, era no menos perniciosa al Estado que á la Religión cristiana, y amenazando con las más graves penas que suele emplear la Iglesia contra los delincuentes, prohibió terminantemente á todos inscribirse en esta sociedad. Llenos de ira con esto sus secuaces, juzgando evadir, ó debilitar á lo menos, parte con el desprecio, parte con las calumnias, la fuerza de estas sentencias, culpaban á los Sumos Pontífices que las decretaron de haberlo hecho injustamente ó de haberse excedido en el modo. Así procuraron eludir el peso y autoridad de las Constituciones apostólicas de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII y Pío IX; bien que no faltaron en aquella misma sociedad quienes confesasen, aun á pesar suyo,

¹ *De Civit. Dei*, lib. XIV, c. 17.

² *Ps. LXXXII*, v. 2-4.

³ *Const. In eminenti*, die 24 Aprilis 1738.

⁴ *Const. Providas*, die 18 Maii 1751.

⁵ *Const. Ecclesiam a Jesu Christo*, die 13 Septembris 1821.

⁶ *Const. data* die 13 Martii 1825.

⁷ *Encyc. Traditi*, die 21 Maii 1829.

⁸ *Encyc. Mirari*, die 15 Augusti 1832.

⁹ *Encyc. Qui pluribus*, die 9 Novemb. 1846. *Alloc. Multiplices inter*, die 25 Septemb. 1865, etc.

que lo hecho por los Romanos Pontífices, atenta la doctrina y disciplina de la Iglesia, era según derecho. En lo cual varios Príncipes y Jefes de Gobierno se hallaron muy de acuerdo con los Papas, cuidando, ya de acusar la sociedad masónica ante la Silla Apostólica, ya de condenarla por sí mismos, promulgando leyes á este efecto, como en Holanda, Austria, Suiza, España, Baviera, Saboya y otras partes de Italia.

Pero lo que sobre todo importa es ver comprobada por los sucesos la previsión de Nuestros Antecesores. En efecto, no siempre ni por todas partes lograron el deseado éxito sus cuidados pródigos y paternales; y esto, ó por el fingimiento y astucia de los afiliados á esta iniquidad, ó por la inconsiderada ligereza de los otros, á quienes interesaba en gran manera velar con diligencia en este negocio. Así que en espacio de siglo y medio la secta de los masones se ha apresurado á lograr aumentos mayores que que cuanto podía esperarse, y entrometiéndose por la audacia y el dolo en todos los órdenes de la república, ha comenzado á tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados. De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en la potestad de los Príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por Nuestros Antecesores; y se ha llegado á punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavado por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logra grande influencia la secta de que hablamos ó otras semejantes que se le agregan como auxiliares y satélites.

Por estas causas, apenas subimos al gobierno de la Iglesia vimos y experimentamos cuánto convenía resistir en lo posible á mal tan grave, interponiendo para ello Nuestra autoridad. En efecto, aprovechando repetidas veces la ocasión que se presentaba, hemos expuesto algunos de los más importantes puntos de doctrina en que parecía haber influido en gran manera la perversidad de los errores masónicos. Así en Nuestras Letras Encíclicas *Quod apostolici muneris* emprendimos demostrar con razones convincentes las enormidades de los socialistas y comunistas; después en otras *Arcanum* cuidamos de defender y explicar la verdadera y genuina noción de la sociedad doméstica, que tiene su fuente y origen en el matrimonio; además en las que comienzan *Diuturnum* propusimos la forma de la potestad política modelada según los principios de la sabiduría cristiana, tan maravillosamente acorde con la naturaleza misma de las cosas y la salud de pueblos y Príncipes. Ahora, á ejemplo de Nuestros Predecesores, hemos resuelto declararnos de frente contra la misma sociedad masónica, contra el sistema de su doctrina, sus intentos y manera de sentir y obrar, para más y más poner en claro su fuerza maléfica é impedir así el contagio de tan funesta peste.

Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, forma y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósitos y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y adonde vuelven. Estas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas, y tengan sus juntas á vista de todos, y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas, son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan. Pues muchas cosas hay en ellas semejantes á los arcanos, las cuales hay mandato de ocultar con muy exquisita diligencia, no sólo á los extraños, sino á muchos de sus mismos adeptos, como son los últimos y verdaderos fines, los jefes supremos de cada fracción, ciertas reuniones más íntimas y secretas, sus deliberaciones, por qué vía y con qué medios se han de llevar á cabo. A esto se dirige la múltiple diversidad de derechos, obligaciones y cargos que hay entre los socios, la distinción establecida de órdenes y grados, y la severidad de la disciplina porque se rigen. Tienen que prometer los iniciados, y aun de ordinario se obligan á jurar solemnemente, no descubrir nunca ni de modo alguno sus compañeros, sus signos, sus doctrinas. Con estas mentidas apariencias y arte constante de fingimiento procuran los Masones con todo empeño, como en otro tiempo los Maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Buscan hábilmente subterfugios, tomando la máscara de literatos y sabios que se reúnen para fines científicos, hablan continuamente de su empeño por la civilización, de su amor por la ínfima plebe, que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar á cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil. Cuyos propósitos, aunque fueran verdaderos, no está en ellos todo. Además deben los afiliados dar palabra y seguridad de ciega y absoluta obediencia á sus jefes y maestros, estar preparados á obedecerles á la menor señal é indicación, y de no hacerlo así, á no rehusar los más duros castigos ni la misma muerte. Y en efecto, cuando se ha juzgado

que algunos han hecho traición al secreto ó han desobedecido las órdenes, no es raro darles muerte con tal audacia y destreza que el asesino burla muy á menudo las pesquisas de la policía y el castigo de la justicia. Ahora bien: esto de fingir y querer esconderse, de sujetar á los hombres como á esclavos con fortísimo lazo y sin causa bastante conocida, de valerse para toda maldad de hombres sujetos al capricho de otro, de armar los asesinos procurándoles la impunidad de sus crímenes, es una monstruosidad que la misma naturaleza rechaza, y por lo tanto, la razón y la misma verdad evidentemente demuestran que la Sociedad de que hablamos pugna con la justicia y la probidad naturales.

Singularmente cuando hay otros argumentos, por cierto clarísimos, que ponen de manifiesto esta falta de probidad natural. Porque por grande astucia que tengan los hombres para ocultarse, por grande que sea su costumbre de mentir, es imposible que no aparezca de algún modo en los efectos la naturaleza de la causa. *No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar buenos frutos*¹; y los frutos de la secta masónica son, además de dañosos, acerbísimos. Porque de los certísimos indicios que hemos mencionado antes resulta el último y principal de sus intentos; á saber: el destruir hasta los fundamentos todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo, levantando á su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del *Naturalismo*.

Cuanto hemos dicho y diremos ha de entenderse de la secta masónica en *si misma* y en cuanto abraza otras con ella unidas y confederadas, pero no de cada uno de sus secuaces. Puede haberlos, en efecto, y no pocos, que, si bien no dejen de tener culpa por haberse comprometido con semejantes sociedades, con todo no participen por sí mismos de sus crímenes y que ignoren sus últimos intentos. Del mismo modo, aun entre las otras asociaciones unidas con la Masonería, algunas tal vez no aprobarán ciertas conclusiones extremas que sería lógico abrazar como dimanadas de principios comunes, si no causara horror su misma torpe fealdad. Algunas también, por las circunstancias de tiempo y lugar, no se atreven á hacer tanto como ellas mismas quisieran y suelen las otras; pero no por eso se han de tener por ajenas á la confederación masónica, ya que ésta no tanto ha de juzgarse por sus hechos y las cosas que lleva á cabo, cuanto por el conjunto de los principios que profesa.

Ahora bien: es principio capital de los que siguen el naturalismo, como lo declara su mismo nombre, que la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta; y sentado esto, descuidan los deberes para con Dios, ó tienen de ellos conceptos vagos y erróneos. Niegan, en efecto, toda divina revelación; no admiten dogma religioso ni verdad alguna que no pueda comprender la razón humana, ni maestro á quien precisamente deba creerse por la autoridad de su oficio. Y como en verdad es oficio propio de la Iglesia católica, y que á ella sola pertenece, el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, la autoridad del magisterio y los demás medios sobrenaturales para la salvación, de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y ahínco de estos enemigos.

Véase ahora el proceder de la secta masónica en lo tocante á la Religión, singularmente donde tiene mayor libertad para obrar, y juzguese si es ó no verdad que todo su empeño está en llevar á cabo las teorías de los naturalistas. Mucho tiempo há que se trabaja tenazmente para anular en la sociedad toda ingerencia del magisterio y autoridad de la Iglesia, y á este fin se pregona y contiene deberse separar la Iglesia y el Estado, excluyendo así de las leyes y administración de la cosa pública el muy saludable influjo de la Religión católica; de lo que sigue la pretensión de que los Estados se constituyan hecho caso omiso de las enseñanzas y preceptos de la Iglesia. Ni les basta con prescindir de tan buena guía como la Iglesia, sino que la agravan con persecuciones y ofensas. Se llega, en efecto, á combatir impunemente de palabra, por escrito y en la enseñanza los mismos fundamentos de la Religión católica; se pisotean los derechos de la Iglesia, no se respetan las prerrogativas con que Dios la dotó, se reduce casi á nada su libertad de acción, y esto con leyes en apariencia no muy violentas, pero en realidad hechas expresamente y acomodadas para atarle las manos. Vemos además al Clero oprimido con leyes excepcionales y graves, precisamente para amenguarle cada día más en número y recursos; los restos de los bienes de la Iglesia sujetos á todo género de trabas y gravámenes, y enteramente puestos al arbitrio

y juicio del Estado; las Ordenes religiosas suprimidas y dispersas.

Pero donde sobre todo se extrema la rabia de los enemigos, es contra la Sede Apostólica y el Romano Pontífice. Quitósele primero con fingidos pretextos el reino temporal, baluarte de su independencia y de sus derechos, en seguida se le redujo á situación inicua á la par que intolerable por las dificultades que de todas partes se le oponen, hasta que, por fin, se ha llegado á punto de que los fautores de las sectas proclamen abiertamente lo que en oculto maquinaron largo tiempo; á saber: que se ha de suprimir la sagrada potestad del Pontífice y destruir por entero el Pontificado, instituido por derecho divino. Aunque faltaran otros testimonios, consta suficientemente lo dicho por el de los sectarios, muchos de los cuales, tanto en otras diversas ocasiones como últimamente, han declarado ser propio de los masones el intento de vejar cuanto puedan á los católicos con enemistad implacable, sin descansar hasta ver desechas todas las instituciones religiosas establecidas por los Papas. Y si no se obliga á los adeptos á abjurar expresamente la fe católica, tan lejos está esto de oponerse á los intentos masónicos, que antes bien sirve á ellos. Primero porque éste es el camino de engañar fácilmente á los sencillos é incautos, y de atraer á muchos más; y después porque, abriendo los brazos á cualesquiera y de cualquiera religión, consiguen persuadir de hecho el grande error de estos tiempos; á saber: el indiferentismo religioso y la igualdad de todos los cultos; conducta muy apropiada para arruinar toda religión, singularmente la católica, que, como única verdadera, no sin suma injuria puede igualarse á las demás.

Pero más lejos van los naturalistas, porque, lanzados audazmente por las sendas del error en las cosas de mayor momento, caen despeñados en el profundo, sea por la flaqueza humana, sea por justo juicio de Dios, que castiga su soberbia. Así es que en ellos pierden su certeza y firmeza aun las verdades que se conocen por luz natural de la razón, como son la existencia de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma humana. Y la secta de los masones da en estos mismos escollos del error con no menos precipitado curso. Porque si bien confiesan en general que Dios existe, ellos mismos testifican no estar impresa esta verdad en la mente de cada uno con firme asentimiento y estable juicio. Ni disimulan tampoco ser entre ellos esta cuestión de Dios causa y fuente abundantísima de discordia, y aún es notorio que últimamente hubo entre ellos, por esta misma cuestión, no leve contienda. De hecho la secta concede á los suyos libertad absoluta de defender que Dios existe ó que no existe; y con la misma facilidad se recibe á los que resueltamente defienden la negativa, como á los que opinan que existe Dios pero sienten de Él perversamente, como suelen los panteístas, lo cual no es otra cosa que acabar con la verdadera noción de la naturaleza divina, conservando de ella no se sabe qué absurdas apariencias. Destruído ó debilitado este principal fundamento, síguese quedar vacilantes otras verdades conocidas por la luz natural, por ejemplo, que todo existe por la libre voluntad de Dios, creador; que su providencia rige el mundo; que las almas no mueren; que á esta vida ha de suceder otra sempiterna.

Destruídos estos principios, que son, como la base del orden natural, importantísimos para la conducta racional y práctica de la vida, fácilmente aparece cuáles han de ser las costumbres públicas y privadas. Nada decimos de las virtudes sobrenaturales, que nadie puede alcanzar ni ejercitar sin especial gracia y don de Dios, de las cuales por fuerza no ha de quedar vestigio en los que desprecian por desconocidas la redención del género humano, la gracia divina, los Sacramentos, la felicidad que se ha de alcanzar en el cielo: hablamos de las obligaciones que se deducen de la probidad natural. Un Dios creador del mundo y su pródigo gobernador: una ley eterna que manda conservar el orden natural y veda el perturbarlo: un fin último del hombre y mucho más excelso que todas las cosas humanas y más allá de esta posada terrestre: éstos son los principios y fuente de la honestidad y justicia; y suprimidos éstos, como suelen hacerlo naturalistas y masones, falta inmediatamente todo fundamento y defensa á la ciencia de lo justo y de lo injusto. Y en efecto, la única educación que á los masones agrada, con que, según ellos, se ha de educar á la juventud, es la que llaman *laica, independiente, libre*; es decir, que excluya toda idea religiosa. Pero cuán escasa sea ésta, cuán falta de firmeza y á merced del soplo de las pasiones, bien lo manifiestan los dolorosos frutos que ya se ven en parte; como que en donde quiera que esta educación ha comenzado á reinar más libremente, suplantando á la educación cristiana, prontamente se han visto desaparecer la honradez y la in-

¹ Matth., cap. VII, v. 18.

tegridad, tomar cuerpo las opiniones más monstruosas y subir de todo punto la audacia en los crímenes. Públicamente se lamenta y deplora todo esto, y aun se atestigua por no pocos de los que, aunque no quisieran hacerlo de modo alguno, no es raro verse forzados á ello por la evidencia de la verdad.

Además, como la naturaleza humana quedó inficionada con la mancha del primer pecado, y por lo tanto más propensa al vicio que á la virtud, requiérese absolutamente para obrar bien sujetar los movimientos obcecados del ánimo y hacer que los apetitos obedezcan á la razón. Y para que en este combate conserve siempre su señorío la razón vencedora, se necesita muy á menudo despreciar todas las cosas humanas, y pasar grandísimas molestias y trabajos. Pero los naturalistas y masones, que ninguna fe dan á las verdades reveladas por Dios, niegan que pecara nuestro primer padre, y estiman, por tanto, al libre albedrío en nada *amenguado* en sus *fuerzas* ni inclinado al mal. Antes, por el contrario, exagerando las fuerzas y excelencia de la naturaleza, y poniendo en ella únicamente el principio y norma de la justicia, ni aun pensar pueden que para calmar sus ímpetus y regir sus apetitos se necesite de asidua pelea y constancia suma. De aquí vemos ofrecerse públicamente tantos estímulos á los apetitos del hombre: periódicos y revistas sin moderación ni vergüenza alguna; obras dramáticas licenciosas en alto grado; asuntos para las artes sacados con protervia de los principios de ese que llaman *realismo*; ingeniosos inventos para las delicadezas y goces de la vida; rebuscados, en suma, toda suerte de halagos sensuales, á los cuales cierre los ojos la virtud adormecida. En lo cual obran perversamente; pero son muy consecuentes consigo mismos los que quitan toda esperanza de los bienes celestiales, y ponen vilmente en cosas perecederas toda la felicidad, como si la fijaran en la tierra. Lo referido puede confirmar una cosa más extraña de decirse que de creerse. Porque como apenas hay tan rendidos servidores de esos hombres sagaces y astutos como los que tienen el ánimo enervado y quebrantado por la tiranía de las pasiones, hubo en la secta masónica quien dijo públicamente y propuso que ha de procurarse con persuasión y maña que la multitud se sacie de la innumerable licencia de los vicios, en la seguridad que así la tendrán sujeta á su arbitrio para atreverse á todo.

Por lo que toca á la vida doméstica, hé aquí casi toda la doctrina de los naturalistas. El matrimonio es un mero contrato: puede justamente rescindirse á voluntad de los contratantes: la autoridad civil tiene poder sobre el vínculo matrimonial. En el educar de los hijos nada hay que enseñarles como cierto y determinado en punto de religión: al llegar á la adolescencia corre á cuenta de cual escoger lo que guste. Esto mismo piensan los masones; no solamente lo piensan, sino se empeñan, hace ya mucho, en reducirlo á costumbre y práctica. En muchos Estados, aun de los llamados católicos, está establecido que fuera del matrimonio civil no hay unión legítima; en otros la ley permite el divorcio; en otros se trabaja para que cuanto antes sea permitido. Así apresuradamente se corre á cambiar la naturaleza del matrimonio en unión instable y pasajera, que la pasión haga ó deshaga á su antojo. También tiene puesta la mira con suma conspiración de voluntades la secta de los masones en arrebatar para sí la educación de los jóvenes. Ven cuán fácilmente pueden amoldar á su capricho esta edad tierna y flexible, y torcerla hacia donde quieran, y nada más oportuno para formar á la sociedad una generación de ciudadanos tal cual se la forjan. Por tanto, en punto de educación y enseñanza de los niños nada dejan al magisterio y vigilancia de los ministros de la Iglesia, habiendo llegado ya á conseguir que en varios lugares toda la educación de los jóvenes esté en poder de los legos, y que al formar sus corazones nada se diga de los grandes y santísimos deberes que ligan al hombre con Dios.

Vienen en seguida los principios de ciencia política. En este género estatuyen los naturalistas que los hombres todos tienen iguales derechos y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar á otro, y el pretender que los hombres obedezcan á cualquiera autoridad que no venga de ellos mismos es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato ó concesión del pueblo; tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destronar á los Príncipes aun por fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está ó en la multitud ó en el Gobierno de la nación, informado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una á

otra entre las varias religiones, sino todas han de ser igualmente consideradas.

Y que todo esto agrade á los masones del mismo modo y quieran ellos constituir las naciones según este modelo, es cosa tan conocida que no necesita demostrarse. Con todas sus fuerzas é intereses lo están maquinando así hace mucho tiempo, y con esto hacen expedito el camino á otros más audaces que se precipitan á cosas peores, como que procuran la igualdad y comunión de toda la riqueza, borrando así del Estado toda diferencia de clases y fortunas.

Bastante claro aparece de lo que sumariamente hemos referido qué sea y por dónde va la secta de los masones. Sus principales dogmas discrepan tanto y tan claramente de la razón, que nada puede ser más perverso. Querer acabar con la Religión y la Iglesia fundada y conservada perennemente por el mismo Dios, y resucitar después de dieciocho siglos las costumbres y doctrinas gentílicas, es necedad insigne y audacísima impiedad. Ni es menos horrible ó más llevadero el rechazar los beneficios que con tanta bondad alcanzó Jesucristo, no sólo á cada hombre en particular, sino también en cuanto viven unidos en la familia ó en la sociedad civil, beneficios señaladísimos aun según el juicio y testimonio de los mismos enemigos. En tan feroz é insensato propósito parece reconocerse el mismo implacable odio y sed de venganza en que arde Satanás contra Jesucristo. Así como el otro vehemente empeño de los masones de destruir los principales fundamentos de lo justo y lo honesto, y hacerse auxiliares de los que, á imitación del animal, quisieran fuera lícito cuanto agrada, no es otra cosa que impeler al género humano ignominiosa y vergonzosamente á la extrema ruina. Aumentan el mal los peligros que amenazan la sociedad doméstica y civil. Porque, como otras veces lo hemos expuesto, hay en el matrimonio, según el común y casi universal sentir de gentes y siglos, algo de sagrado y religioso: veda además la ley divina que pueda disolverse. Pero si esto se permitiese, si el matrimonio se hace profano, necesariamente ha de seguirse en la familia la discordia y la confusión, cayendo de su dignidad la mujer, y quedando incierta la prole acerca de su conservación y de su fortuna. Pues el no cuidar oficialmente para nada de la Religión, y en la administración y ordenación de la cosa pública no tener cuenta con Dios como si no existiese, es atrevimiento inaudito aun á los mismos gentiles, en cuyo corazón y en cuyo entendimiento tan grabada estuvo, no sólo la creencia en los dioses, sino la necesidad de un culto público, que reputaban más fácil encontrar una ciudad sin suelo que sin Dios. De hecho la sociedad humana á que nos sentimos naturalmente inclinados fué constituida por Dios, autor de la naturaleza, y de El emana, como de principio y fuente, toda la copia y perennidad de los bienes innumerables en que la sociedad abunda. Así, pues, como la misma naturaleza enseña á cada uno en particular á dar piadosa y santamente culto á Dios, por tener de El la vida y los bienes que la acompañan, así, y por idéntica causa, incumbe este mismo deber á pueblos y Estados. Y los que quisieran á la sociedad civil libre de todo deber religioso, claro está que obran, no sólo injusta, sino ignorante y absurdamente. Si, pues, los hombres por voluntad de Dios nacen ordenados á la sociedad civil, y á ésta es tan indispensable el vínculo de la autoridad que, quitado éste, por necesidad se disuelve aquélla, síguese que el mismo que creó la sociedad creó la autoridad. De aquí se ve que quien está revestido de ella, sea quien fuere, es ministro de Dios, y por tanto, según lo piden el fin y naturaleza de la sociedad humana, es tan puesta en razón en obedecer á la potestad legítima cuando manda lo justo, como obedecer á la autoridad de Dios, que todo lo gobierna; y nada hay más contrario á la verdad que el suponer en manos del pueblo el negar la obediencia cuando le agrada. De la misma manera nadie duda ser todos los hombres iguales si se mira á su común origen y naturaleza, al fin último á que todos están encaminados, y á los derechos y obligaciones que de ello emanan; mas como no pueden ser iguales las capacidades de los hombres, y distan mucho uno de otro por razón de las fuerzas corporales ó del espíritu, y son tantas las diferencias de costumbres, voluntades y temperamentos, nada más repugnante á la razón que el pretender abarcarlo y confundirlo todo, y llevar á las leyes de la vida civil tan rigurosa igualdad. Así como la perfecta constitución del cuerpo humano resulta de la junta y composición de miembros diversos, que desemejándose en forma y funciones, atados y puestos en sus propios lugares constituyen un organismo hermoso á la vista, vigoroso y apto para bien funcionar, así en la humana sociedad es casi infinita la desemejanza de los individuos que la forman, y si todos fueran iguales y cada uno se rigiera á su arbitrio, nada habría más deforme que semejante sociedad; mientras que si todos

en distinto grado de dignidad, oficios y aptitudes armoniosamente conspiran al bien común, retratarán la imagen de una ciudad bien constituida y según la pide la naturaleza.

Sin esto, los turbulentos errores que ya llevamos enumerados han de bastar por sí mismos para infundir á los Estados miedo y espanto. Porque quitado el temor de Dios y el respeto á las leyes divinas, menospreciada la autoridad de los Príncipes, consentida y legitimada la manía de las revoluciones, sueltas con la mayor licencia las pasiones populares, sin otro freno que la pena, ha de seguirse por fuerza universal mudanza y trastorno. Y aun precisamente esta mudanza y trastorno es lo que muy de pensado maquinan y ostentan de consuno muchas sociedades de *comunistas* y *socialistas*, á cuyos designios no podrá decirse ajena la secta de los masones, como que favorece en gran manera sus intentos y conviene con ellas en los principales dogmas. Y si por hechos no llegan inmediatamente y en todas partes á los extremos, no ha de atribuirse á sus doctrinas y á su voluntad, sino á la virtud de la religión divina, que no puede extinguirse, y á la parte más sana de los hombres, que, rechazando la servidumbre de las sociedades secretas, resisten con valor sus locos conatos.

¡Ojalá juzgasen todos del árbol por sus frutos, y conocieran la semilla y principio de los males que nos oprimen y los peligros que nos amenazan! Tenemos que habérmolas con un enemigo astuto y doloso que, halagando los oídos de pueblos y Príncipes, se ha cautivado á unos y otros con blandura de palabras y adulaciones. Al insinuarse con los Príncipes fingiendo amistad, pusieron la mira los masones en lograr en ellos socios y auxiliares poderosos para oprimir la Religión católica, y para estimularlos más acusaron á la Iglesia con porfiadísima calumnia de contender envidiosa con los Príncipes sobre la potestad y reales prerrogativas. Afanzados ya y envalentonados con estas artes, comenzaron á influir sobremanera en los Gobiernos, prontos, por supuesto, á sacudir los fundamentos de los Imperios, y á perseguir, calumniar y destronar á los Príncipes, siempre que ellos no se mostrasen inclinados á gobernar á gusto de la secta. No de otro modo engañaron adulándolos á los pueblos. Voceando libertad y prosperidad pública, haciendo ver que por culpa de la Iglesia y de los Monarcas no había salido ya la multitud de su iniqua servidumbre y de su miseria, engañaron al pueblo, y despertada en él la sed de novedades, le incitaron á combatir ambas potestades. Pero ventajas tan esperadas están más en el deseo que en la realidad, y antes bien, más oprimida la plebe, se ve forzada á carecer en gran parte de las mismas cosas en que esperaba el consuelo de su miseria, las cuales hubiera podido hallar con facilidad y abundancia en la sociedad cristianamente constituida. Y éste es el castigo de su soberbia, que suelen encontrar cuantos se vuelven contra el orden de la Providencia divina: que tropiecen con una suerte desoladora y misera allí mismo donde, temerarios, la esperaban próspera y abundante, según sus deseos.

La Iglesia, en cambio, como que manda obedecer primero y sobre todo á Dios, soberano señor de todas las cosas, no podría sin injuria y falsedad ser tenida por enemiga de la potestad civil, usurpadora de algún derecho de los Príncipes; antes bien quiere se dé al poder civil, por dictamen y obligación de conciencia, cuanto de derecho se le debe; y el hacer dimanar de Dios mismo, conforme hace la Iglesia, el derecho de mandar, da gran incremento á la dignidad del poder civil y no leve apoyo para captarse el respeto y benevolencia de los ciudadanos. Amiga de la paz la misma Iglesia, fomenta la concordia, abraza á todos con maternal cariño, y ocupada únicamente en ayudar á los hombres enseña que conviene unir la justicia con la clemencia, el mando con la equidad, las leyes con la moderación; que no ha de violarse el derecho de nadie, que se ha de servir al orden y tranquilidad pública, y aliviar cuanto se pueda pública y privadamente la necesidad de los menesterosos. Pero por esto piensan, para servirnos de las palabras de Agustino¹, *ó quieren que se piense no ser la doctrina de Cristo provechosa para la sociedad porque no quieren que el Estado se asiente sobre la solidez de las virtudes, sino sobre la impunidad de los vicios*. Lo cual, puesto en claro, sería insigne prueba de sensatez política y empresa conforme á lo que exige la salud pública: que Príncipes y pueblos se unieran, no con los masones para destruir á la Iglesia, sino con la Iglesia para quebrantar los ímpetus de los masones.

Sea como quiera, ante un mal tan grave y ya tan extendido lo que á Nós toca, Venerables Hermanos, es aplicarnos con toda el alma en busca de remedios. Y porque sabemos que la mejor y más firme esperanza de remedio está puesta en la virtud de la Re-

¹ Conc. Trid., Ses. VI, *De Justif.*, c. 1.

¹ Epist. CXXXVII, al. III ad Volusianum, c. v, n. 20.

ligión divina, tanto más odiada de los masones cuanto más temida, juzgamos ser lo principal al servirnos contra el común enemigo de esta virtud tan saludable. Así que todo lo que decretaron los Romanos Pontífices, Nuestros Antecesores, para impedir las tentativas y los esfuerzos de la secta masónica, cuanto sancionaron para alejar á los hombres de semejantes sociedades ó sacarlos de ellas, todas y cada una de estas cosas damos por ratificadas y las confirmamos con Nuestra autoridad apostólica. Y confiados en la buena voluntad de los cristianos, rogamos y suplicamos á cada uno en particular por su eterna salvación que estimen deber sagrado de conciencia el no apartarse un punto de lo que en esto tiene ordenado la Silla Apostólica.

Y á vosotros, Venerables Hermanos, os pedimos y rogamos con la mayor instancia que, uniendo vuestros esfuerzos á los nuestros, procuréis con todo ahínco extirpar esta asquerosa peste que va serpeando por todas las venas de la sociedad. A vosotros toca defender la gloria de Dios y la salvación de los prójimos, y mirando á estos fines en el combate, no ha de faltaros valor y fuerza. Vuestra prudencia os dictará el modo mejor de vencer los obstáculos y las dificultades que se alzarán; pero como es propio de la autoridad de Nuestro ministerio el indicaros Nós mismo algún medio que estimemos más conducente al propósito, quede sentado que lo primero que procuréis sea arrancar á los masones su máscara para que sean conocidos tales cuales son; que los pueblos aprendan por vuestros discursos y Pastorales, dadas con este fin, las malas artes de semejantes sociedades para halagar y atraer, la perversidad de sus opiniones y la torpeza de sus hechos. Que ninguno que estime en lo que debe su profesión de católico y su salvación juzgue serle lícito por ningún título dar su nombre á la secta masónica, cómo repetidas veces lo prohibieron Nuestros Antecesores. Que á ninguno engañe aquella honestidad fingida; puede, en efecto, parecer á algunos que nada piden los masones abiertamente contrario á la religión y buenas costumbres; pero como toda la razón de ser y causa de la secta estriba en el vicio y en la maldad, claro es que no es lícito unirse á ellos ni ayudarles de modo alguno.

Además, conviene con frecuentes sermones y exhortaciones inducir á las muchedumbres á que se instruyan con todo esmero en lo tocante á la religión, y para esto recomendamos mucho que en escritos y sermones oportunos se explanen los principales y santísimos dogmas que encierran toda la filosofía cristiana. Con lo cual se llega á sanar los entendimientos por medio de la instrucción, y á fortalecerlos contra las múltiples formas del error y los varios modos con que se brindan los vicios, singularmente en esta licencia en el escribir é insaciable ansia de aprender. Grande obra, sin duda; pero en ella será vuestro primer auxiliar y partícipe de vuestros trabajos el Clero, si os esforzáis por que salga bien disciplinado é instruido. Mas empresa tan santa é importante llama también en su auxilio el celo industrial de los legos que juntan en uno el amor de la religión y de la patria con la probidad y el saber.

Aunadas las fuerzas de una y otra clase, trabajad, Venerables Hermanos, para que todos los hombres conozcan bien y amen á la Iglesia; porque cuanto mayor fuere este conocimiento y este amor, tanto mayor será la repugnancia con que se miren las sociedades secretas y el empeño en huirlas. Y aprovechando esta oportunidad, renovamos ahora justamente nuestro encargo, ya repetido, de propagar y fomentar con toda diligencia la Orden Tercera de San Francisco, cuyas reglas con lenidad prudente hemos moderado hace poco. El único fin que le dió su autor es traer á los hombres á la imitación de Jesucristo, al amor de su Iglesia, al ejercicio de toda virtud cristiana; mucho ha de valer, por tanto, para extinguir el contagio de estas perversísimas sociedades. Auméntese, pues, cada día más esta santa Congregación, que, además de otros muchos frutos, puede esperarse de ella el insigne de que vuelvan los corazones á la libertad, fraternidad é igualdad, no como absurdamente las conciben los masones, sino como las alcanzó Jesucristo para el humano linaje y las siguió San Francisco: esto es, la libertad de los hijos de Dios por la cual nos veamos libres de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, nuestros perversísimos tiranos: la fraternidad que dimana de ser Dios nuestro criador y Padre común de todos: la igualdad que, teniendo por fundamentos la caridad y la justicia, no borra toda diferencia entre los hombres, sino con la variedad de condiciones, deberes é inclinaciones forma aquel admirable y armonioso acuerdo que pide la misma naturaleza para la utilidad y dignidad de la vida civil.

Viene en tercer lugar una institución sabiamente establecida por nuestros mayores é interrumpida por el transcurso del tiempo, que puede valer ahora co-

mo ejemplar y forma de algo semejante. Hablamos de los gremios y cofradías de trabajadores con que, al amparo de la Religión, defendían juntamente sus intereses y buenas costumbres. Y si con el uso y experiencia de largo tiempo vieron nuestros mayores la utilidad de estas asociaciones, tal vez la experimentaremos mejor nosotros por lo acomodadas que son para invalidar el poder de las sectas. Los que sobrellevan la escasez con el trabajo de sus manos, fuera de ser dignísimos en primer término de caridad y consuelo, están más expuestos á las seducciones de los malvados, que todo lo invaden con fraudes y dolos. Débeseles por tanto ayudar con la mayor benignidad posible y atraer á congregaciones honestas, no sea que los arrastren á las infames. En consecuencia, para salud del pueblo tenemos vehementes deseos de ver restablecidas en todas partes, según piden los tiempos, estas corporaciones bajo los auspicios y patrocinio de los Obispos. Y no es pequeño Nuestro gozo al verlas ya establecidas en diversos lugares en que también se han fundado sociedades protectoras, siendo propósito de unas y otras ayudar á la clase honrada de los proletarios, socorrer y custodiar sus hijos y sus familias fomentando en ellas, con la integridad de las buenas costumbres, el amor á la piedad y el conocimiento de la Religión. Y en este punto no dejaremos de mencionar la sociedad llamada de San Vicente de Paul, tan benemérita de las clases pobres y de tan insigne espectáculo y ejemplo. Sábense sus obras y sus intentos; como que enteramente se emplea en adelantarse al auxilio de los menesterosos y de los que sufren, y esto con admirable sagacidad y modestia; que cuanto menos quiere mostrarse, tanto es mejor para ejercer la caridad cristiana y más oportuna para consuelo de las miserias.

En cuarto lugar, y para obtener más fácilmente lo que intentamos, con el mayor encarecimiento encomendamos á vuestra fe y á vuestros desvelos la juventud, esperanza de la sociedad. Poned en su educación vuestro principal cuidado, y nunca, por más que hagáis, creáis haber hecho lo bastante para preservar á la adolescencia de las escuelas y maestros de que pueda temerse el aliento pestilente de las sectas. Exhortad á los padres, á los directores espirituales, á los párrocos, á que insistan, al enseñar la doctrina cristiana, en avisar oportunamente á sus hijos y alumnos de la perversidad de estas sociedades, y que aprendan desde luego á precaverse de las fraudulentas y varias artes que suelen emplear sus propagadores para enredar á los hombres. Y aun no harían mal los que preparan á los niños para bien recibir la primera comunión en persuadirles que se propongan y empeñen á no ligarse nunca con sociedad alguna sin decirlo antes á sus padres, ó sin consultarlo con su confesor ó con su párroco.

Bien conocemos que todos nuestros comunes trabajos no bastarán á arrancar estas perniciosas semillas del campo del Señor si desde el cielo el dueño de la viña no secunda nuestros esfuerzos benignamente. Necesario es, pues, implorar con vehemente anhelo é instancia su poderoso auxilio, como y cuanto lo piden la extrema necesidad de las circunstancias y la grandeza del peligro. Levántase insolente y regocijándose de sus triunfos la secta de los masones, ni parece poner ya límites á su pertinacia.

Préstase mutuo auxilio sus sectarios todos unidos en nefando consorcio y por comunes ocultos designios, y unos á otros se excitan á todo malvado atrevimiento. Tan fiero asalto pide igual defensa; es á saber: que todos los buenos se unan en amplísima coalición de obras y oraciones. Les pedimos, pues, por un lado que, estrechando las filas, firmes y de mancomún resistan los ímpetus cada día más violentos de los sectarios; por otro que levanten á Dios las manos y le supliquen con grandes gemidos, para alcanzar que florezca con nuevo vigor la Religión cristiana, que goce la Iglesia de la necesaria libertad, que vuelvan á la buena senda los descarriados, y al fin abran paso á la verdad los errores y los vicios á la virtud. Tomemos por nuestro auxilio y mediadora á la Virgen María, Madre de Dios, ya que venció á Satanás en su concepción purísima: despliegue su poder contra las sectas impías en que se ven claramente revivir la soberbia contumaz, la indómita perfidia y los astutos fingimientos del demonio.

Pongamos por intercesor al Príncipe de los Angeles del cielo, San Miguel, que arrojó á los enemigos infernales; á San José, esposo de la Virgen Santísima, celestial patrono de la Iglesia católica; á los grandes Apóstoles, San Pedro y San Pablo, sembradores de la fe cristiana y sus invictos defensores. En su patrocinio y en la perseverancia de todos en la oración confiamos que Dios acuda oportuna y benignamente al género humano, expuesto á tan enormes peligros. Y en prenda de los dones celestiales y de Nuestra benevolencia, con el mayor amor os damos la bendición Apostólica en el Señor, á vosotros, Venera-

bles Hermanos, y al Clero y pueblo todo confiado á vuestro cuidado.

Dado en Roma, junto á San Pedro, á 20 de Abril del año 1884, séptimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN P. P. XIII.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Modo de dar á las fibras vegetales el brillo de la seda. — Diferentes son los procedimientos que se han venido empleando con objeto de dar á las fibras vegetales un brillo, si no igual, todo lo más parecido posible al de la seda; pero el que de todos ellos parece ha de dar mejor resultado, por más que no deja de tener alguna complicación, es el siguiente:

En primer lugar, se tienen las fibras de algodón, lino, cáñamo ó yute que se quieran abrillantar, durante cuatro horas, en un baño de sosa cáustica á 12° Baumé, y á una temperatura de 80° centígrados, obtenida por la calefacción al vapor.

Por consecuencia de la disolución en el baño de algunas sustancias gomosas, y de otra especie que acompañan á las fibras y que se disuelven durante su permanencia en el baño, suelen tomar dichas fibras un color amarillento que se quita fácilmente por medio de una disolución de ácido clorhídrico á 6° Baumé, lavándolas en seguida hasta que el agua resulte completamente neutra al comprobarla con el papel de tornasol, tratando entonces las fibras con una disolución de cloruro de sodio hasta que el color haya desaparecido por completo.

Después de haber secado perfectamente la materia objeto del lustrado, se sumerge en una solución caliente de azúcar ó de glucosa á 6 grados Baumé, en la que se deja durante cuatro ó cinco horas, secándola en seguida perfectamente, en cuyo estado se colocan las fibras en un aparato que contenga una mezcla de gas hiponítrico y ácido sulfúrico.

El azúcar adherido á las fibras se cambia completamente en nitrosacarosa, y la fibra misma en binitrocelulosa, y puestas en un hidro-extractor para secarlas, se echan luego en un baño caliente de jabón, lavándolas después.

Tras de las operaciones que dejamos descritas se produce el tanino sobre las fibras por medio del ácido tánico ó otra sustancia tánica como el zumaque, la agalla, etc., tratándolas al efecto con un baño preparado con una de dichas sustancias, en el que se las deja durante cinco horas á una temperatura de 30° centígrados.

En seguida se tratan las fibras con una solución que contenga un 3 por 100 de tártaro emético ó de clorhidrato de antimonio, durante cuya operación el antimonio se transmite por las fibras vegetales sobre las fibras de seda que previamente se habrán mezclado con ellas, disminuyendo de este modo sus cualidades porosas y extractivas, siendo en este estado cuando las fibras se han de someter al tinte en un baño frío, cardándolas después, ya solas, ya mezcladas de seda ó de borras de seda, y humedeciéndolas, para cardarlas, con agua pura y jabón de aceite de oliva, con glicerina y con cera virgen, combinadas de tal modo que formen una especie de jarabe. Según la calidad de las fibras, así se agrega á la mezcla más ó menos cera.

Remedio externo para la erisipela. — El doctor Rothe aconseja la siguiente fórmula para uso externo en esta afección:

Acido fénico y alcohol.....	10 gramos
Esencia de trementina.....	20 —
Tintura de iodo.....	10 —
Glicerina.....	50 —

Cuando hay fiebre, añade al tratamiento los preparados de quina asociados á la digital.

El lenguaje de las orejas. — Un viajero alemán, Mr. Wiener, ha hecho algunos estudios acerca de lo que podría llamarse lenguaje de las orejas en las mulas. «Dirigidas hacia adelante, dice, significan fuerza, reposo, músculos de acero, estómago satisfecho. Cuando están ligeramente divergentes, demuestran que empieza la fatiga ó que el alimento es insuficiente. A medida que las orejas bajan, á la manera de la columna de mercurio de un termómetro cuando hace frío, los músculos se rebajan, disminuye la fuerza, aun cuando la buena voluntad subsista. Las orejas laxas que se mueven á compás de cada paso, revelan un cansancio extraordinario que comienza á influir en la energía nerviosa. Una oreja derecha y otra inclinada hacia atrás, son prueba de mal humor después de brutales tratamientos, y, por fin, cuando



las dos están rectas, una hacia adelante y otra hacia atrás, es signo cierto de furor."

Viveros.—El terreno para la instalación de un vivero es preferible sea algo arenoso, abonándolo convenientemente y dispuesto de manera que pueda ser fácilmente regado con agua abundante. Elegido el terreno en tales condiciones, se nivela dejando la pendiente necesaria para el curso del agua en las caceras, estableciendo éstas de modo que se pueda repartir el agua en toda la extensión. Se da al terreno una labor de arado, luego se abona y se repite una vuelta de arado, á fin de cubrir el abono. Preparado así el terreno, se divide éste en platabandas ó eras para distribuir convenientemente las diversas clases de plantas que deba criar, y en cada una se abren surcos de 20 á 25 centímetros de ancho y algo más de profundidad, distantes entre sí medio metro. Se hace la siembra ó la plantación á golpes, se cubre la semilla ó se rodea la estaca con mantillo de buena clase, y después se riega el terreno objeto de la plantación, lo cual se repite con frecuencia y según la facilidad con que se desque el terreno, el cual debe conservarse limpio de hierbas, practicando al efecto escardas y limpias.

Prescripciones higiénicas aplicables á los establecimientos escolares.—El ministro de Instrucción pública dirigió á la Academia de Medicina de París un oficio interrogándole sobre el tiempo que debía estar segregado de sus compañeros algún alumno que fuese atacado de enfermedades contagiosas.

La Academia, aprobando las comunicaciones de su relator Mr. Hillairet, dió la respuesta que sigue:

1.º Los alumnos atacados de varicela, viruela, escarlatina, sarampión, orejones ó de la difteria, serán irremisiblemente aislados de sus compañeros.

2.º La duración del aislamiento será de cuarenta días para la viruela, el sarampión, la escarlatina y la difteria; de veinticinco días para la varicela y los orejones.

3.º El aislamiento no se dará por terminado hasta que el convaleciente se haya bañado.

4.º Los vestidos que el alumno llevaba cuando cayó enfermo deberán someterse á la acción de una estufa llevada á más de 90º, quedarán sujetos á las fumigaciones sulfurosas y después se limpiarán perfectamente.

5.º Los útiles de cama y las cortinas del lecho y desla pieza del aislamiento, los muebles y las paredes de la recámara, deberán desinfectarse y ventilarse ampliamente.

6.º El alumno que hubiese enfermado fuera de un establecimiento de instrucción pública de alguna de las enfermedades contagiosas enumeradas antes, no podrá ser nuevamente admitido si no presenta

un certificado de médico en el que se acredite que se han llenado las prescripciones que antes se mencionan.

Como resultado de la consulta hecha, el ministro ha enviado á los directores una circular recomendándoles el exacto cumplimiento de las citadas prescripciones en los establecimientos que están bajo su inmediata dirección.

El té de hojas de algodón.—Las mujeres de la Jamaica, según Ardeson, emplean, para aumentar la cantidad de la leche durante la lactancia, una infusión que llaman té de hojas de algodón. Dicho señor ha ensayado en varias mujeres que tenían poca leche dicha bebida con buen éxito. La infusión se hace con

Póngase el iodo, el agua y las limaduras en un matraz de vidrio; déjese reaccionar en frío agitándolo, y caliéntese después suavemente hasta que el líquido adquiera color verde; fíltrese y mézclase con el jarabe de goma y de azahar. Consérvese al abrigo de la luz. Veinte gramos de este jarabe contienen un centígramo de ioduro ferroso.

Rejillas escalonadas para toda clase de hogares.—El señor Saurí Mas acaba de obtener privilegio por la invención de un sistema de rejillas para hogares que, según el periódico *Industria e Invenciones*, de Barcelona, se están ensayando con satisfactorio éxito en una de las fábricas de aquella ciudad.

Se diferencian de las ordinarias las rejillas del señor Saurí que los barrotes no están colocados en el mismo plano, sino que se colocan escalonados dividiéndolos por series de tres ó más, cada una de cuyas series viene á formar una ondulación en la superficie superior de la rejilla.

La disposición de una *T* que afecta la sección transversal de cada barrote permite que al elevar más ó menos la posición del uno con respecto al otro que le es inmediato, quede una abertura al costado del barrote que ha sido elevado, y en toda su longitud, que permitiendo la entrada horizontal del aire en la medida que se quiera y facilitando la salida de las escorias, ha de contribuir notablemente á que la combustión sea lo más perfecta posible, y á que estén menos expuestos á quemarse los barrotes con la frecuencia que esto suele tener lugar en las rejillas ordinarias.

El cuerpo del barrote Saurí es, como en los demás, de mayor peralte en el centro que en las extremidades, tendiendo á formar un sólido de igual resistencia, y esas mismas extremidades están dotadas de unos topes laterales que determinan, como en todos, la separación de los barrotes, separación ó espacio que puede aumentarse no sólo colocando á mayor distancia unos de otros en el sentido horizontal, como se

hace en las rejillas comunes, sino elevando más unos barrotes con relación á sus inmediatos.

Plateado de los espejos.—Se disuelve nitrato de plata en el agua, después se añade amoníaco hasta que se redisuelva el precipitado que desde luego se formará. Se toma la disolución resultante y se añade un poco de potasa cáustica y luego unas gotas de glicerina. La reducción se produce inmediatamente y el cristal se cubre de un depósito metálico brillante; la adición de alcohol ó de éter acelera la reducción.

Si la elaboración se hace en un laboratorio oscuro, el depósito de plata gana en brillantez y se adhiere mejor al cristal.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.



SALA CENTRAL DEL MUSEO DEL PRADO EN MADRID.

hojas del arbusto conocido con el nombre de *gossypium barbadense*.

La dosis es de seis á ocho hojas por taza, y según los efectos que se obtengan, se puede dar hasta cuatro ó más tazas en las veinticuatro horas. Hay enfermos que beben hasta dos y tres litros diarios de esta infusión galactogoga, cuyo sabor no es desagradable, y algunos la toman con leche y azúcar como la infusión del té común.

Jarabe de ioduro de hierro.

Iodo.....	2,12 gramos.
Limaduras de hierro.....	10,00 —
Agua destilada.....	10,00 —
Jarabe de goma.....	390,00 —
Jarabe de azahar.....	100,00 —